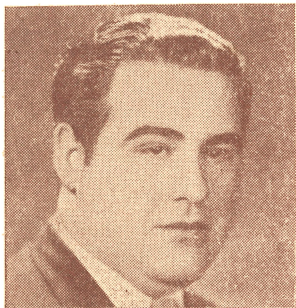
JULIO CASAL MUÑOZ

---

# POETICA DE LO ABSOLUTO



alfar
1952



JULIO CASAL MUÑOZ, nació en la Coruña en 1917, donde su padre ejercía la representación consular del Uruguay.

Este escritor, ya de prestigio entre la nueva generación de las letras uruguayas, por sus ensayos filosóficos de carácter personal, realizados con profunda vocación, ha merecido de la crítica elogios que señalan su horizonte como pensador y poeta.

Cursó estudios en la Universidad y en las Facultades de Medicina y Humanidades de Montevideo, actuó en los movimientos literarios y sociales de su generación, revelando una verdadera capacidad de organización y visión idealista. Así le encontramos entre los fundadores del Centro Proteo de estudios libres, de intensa actuación como despertar de inquietudes culturales, y en el Centro literario filosófico Arca del Sur, cuya presidencia ejerce en la actualidad.

Dedicado a la enseñanza, es profesor de Filosofía en los Institutos Normales; y ha publicado con ese motivo varias obras docentes.

Nos dice Enrique Casaravilla:

Dibujo de Vicente Martin

# POETICA DE LO ABSOLUTO

JULIO CASAL MUÑOZ

# POETICA
# DE LO
# ABSOLUTO

## ENSAYOS DE POETICA Y METAFISICA



MONTEVIDEO
Tipografía Atlántida - Buenos Aires 429
1952

PRIMERA PARTE

# ENSAYOS SOBRE POETICA

---

*a mi hermano Rafael*

# Capítulo I

# LA ESENCIA DE LA POESIA

## Hoelderling y Heidegger

### I

Dice Martín Heidegger en su estudio sobre "Hoelderling y la Esencia de la Poesía", que ha elegido a este poeta, cuando podía haberse decidido por Homero, Virgilio, Dante, Goethe, Sófocles o Shakespeare; porque si bien en éstos se realiza aún con más riqueza que aquel la esencia de la poesía, es en cambio éste "el poeta de la Poesía"; y en lugar de meditar sobre su obra poética tan prematuramente interrumpida, lo hace sobre cinco sentencias del poeta, que en su concepto, son suficientes para dar luz en lo esencial de la que puede ser universal.

Llama Hoelderling al hacer poesía "esta tarea, de entre todas la más inocente", y Heidegger la compara a un juego que se inicia sin trabas, reino de lo imaginario en donde queda absorta. Juego que elude la seriedad de las decisiones; "la poesía es algo así como un ensueño y en manera alguna realidad".

La Poesía crea sus obras con el material de las

palabras. Allí, en ese mundo de las palabras es donde hay que buscar su esencia.

La segunda sentencia dice: "Para este fin se dió al hombre el más peligroso de los bienes, la Palabra, para que él de testimonio de lo que es". Y propone el filósofo de "Ser y Tiempo" estas tres cuestiones:

1. — ¿Cuyo es este bien de la palabra?
2. — ¿Cómo y hasta qué punto es el más peligroso de los bienes?
3. — ¿En qué sentido, al menos general, es un bien?

La palabra es un acontecimiento para el hombre, por ella llega a ser histórico y a subsistir. "En chozas mora el hombre" dice el poeta, ¿Quién es el hombre? Aquel que ha de dar testimonio de sí mismo.

Entre todos los seres y las cosas, sólo a él responde lo esencial. Pero la Palabra puede ser un peligro, el mayor, el más temido, porque con ella hace patente, se manifiesta en forma permanente. Puede entrar en la pureza y en la oscuridad, guardar el ente y enfrentarlo al Ser. "Y únicamente donde haya palabra habrá mundo" y solamente "donde haya mundo hay historia". La Palabra es entonces un bien y primerísimo.

Luego nos habla de "La Palabra en diálogo", y nos dice el poeta: "Ha experimentado el Hombre muchas cosas, a muchas celestiales diò ya nombre, desde que somos palabra en diálogo", "y podemos los unos oír a los otros".

Los hombres somos palabra-en-diálogo. "El Ser

del Hombre se funda sobre la Palabra". Es esencial mientras es diálogo y puede ser oída por los otros hombres.

La cuarta sentencia, fin del poema "Enmemoria" nos dice:

"Más lo permanente es fundación de los poetas".

Heidegger entonces realiza el análisis fundamental: "Con esta sentencia se hará luz en nuestra cuestión acerca de la esencia de la Poesía". "Poesía es fundación de vocablos. Y ¿qué es lo fundado? Es lo permanente".

Dice el poeta: "Tan precipitadamente pasajero es todo lo celestial; sólo que no pasa en vano". Y es confiada a los poetas esta permanencia de lo transitorio y de lo esencial.

Y ya arrebatado por la demencia, Hoelderling, el poeta, pronunció la última sentencia, que viene a completar la esencia de la poesía: "Lleno está de méritos el Hombre; más no por ellos, por la Poesía, ha hecho de esta Tierra su morada".

Las realizaciones humanas son el fruto de sus esfuerzos, pero la esencia de su morar sobre la Tierra, es en su fondo solamente poética.

"El campo de acción de la poesía es la Palabra", la esencia de la Poesía puede comprenderse mediante la esencia de la Palabra.

Pero no es un decir cualquiera, sino dar nombres al Ser y a las cosas. Desnudándolas de todo aquello común y diario de nuestras relaciones.

Y culmina el poeta con aquellos versos que dicen esencialmente: "Hacer poesía es primigenia entrega de nombres a los dioses".

Pero sólo es concebible aquella comunicación con lo divino si éstos a su vez lo hacen con el hombre. De dónde su trance, y su lenguaje por signos. El Poeta viene a ser el intérprete del Dios que habla al Pueblo. Y el Poeta permanece sólo en sí mismo en soledad y en contemplación.

---

## II

La interpretación heideggeriana de la esencia de la poesía, es digna del filósofo, que reconoce: tan sólo lo permanente es fundación de los poetas. ¿Pero por qué han elegido a Hoelderling y no a Homero, por ejemplo? Cabría el análisis platónico de los poetas.

La crítica a los poetas de Platón, su expulsión de la República, su posición secundaria en la jerarquía de valores del Fedro, después de casi todos los oficios y artes y sólo antes de los dictadores, a quienes Platón despreciaba. Es sin embargo fácil de interpretar, pensando que al hablar de los poetas lo hacía en realidad de los rápsodas, como aparece claramente en el Ión.

Porque los verdaderos poetas, aquellos capaces de no desfigurar con fantasías mentirosas, los que se orientan hacia la belleza y lo verdadero, para ellos está reservado el primer lugar jerárquico junto con los filósofos. Y él mismo era un poeta excelso. Tal vez ésta fué la oculta razón, que condujo a Heidegger a elegir a Hoelderling en lugar de Homero, Dante o Sófocles.

Con respecto a Goethe, Shakespeare y Virgilio el

problema era distinto. Reconoce en todos ellos la riqueza esencial poética, pero el suyo "es el poeta de la poesía". Y entonces la elección es única. Si se analiza la poesía desde su mismo valle, si se medita sobre sus posibilidades y sus fundamentos, nos encontramos que la filosofía sólo convirtiéndose en poesía puede seguirla en sus vuelos. Si el análisis es exclusivamente técnico, erudito o crítico, caemos en el absurdo rápidamente.

Porque no es posible observar el vuelo de un águila desde la tierra sin sentirse pequeño, y sólo acompañándola en su vuelo u observándola desde los altos picos nevados es como se puede sentir el goce y el espanto de la altura y el vacío. Así como el proceso del pensar psicológico, tan variado en matices y forma de sus imágenes y percepciones, recuerdos y sensaciones; van cristalizando poco a poco pensamientos con cuyo carácter lógico, alcanzan a tener vida duradera, más allá del origen turbio de su gestación en una conciencia personal, vagos y difusos al formarse, para luego emerger limpios, claros, firmes, definitivos.

Con la tragedia de su seriedad y su realización, pero con su vida formal y lógica; capaz de trasmitirse como historia y como fundamentación humana; así, del mismo modo, del señalamiento de las cosas por el hombre, sólo cristaliza y vive aquello fijado por la poesía en sus vocablos, las palabras en poesía que son las verdaderas en el tiempo.

Porque los procesos de nominación y adjetivación que ejecutan los hombres diariamente, no pasan de ser un caos y un desdoblamiento de los valores esenciales, hacia una pérdida irremediable.

De no existir la poesía, todo sería transitorio, oratoria, política, cenegal sin flores ni frutos.

Pero la poesía es fundación de vocablos, y esta creación y valoración es de naturaleza estética, es decir sensible en permanencia, porque el arte es en cierto aspecto fundamental: lo sensorio convirtiéndose en trascendente luego de la libación del artista.

Pero el poeta es intérprete del Dios ante su pueblo, y no podría ser de otra manera, aquel que oye voces interiores y no sabe realmente cuando está en trance, si fluye la poesía en su mundo interior como de una fuente desbordada o si recibe las voces ocultas y enigmáticas en su efímero ser, para darse como libélula al fuego que la mata.

La esencia de la poesía es entonces comunicación de lo divino con lo humano, en la permanencia de la palabra, plena de música y de color; aunque la música pudiera no tener absolutamente nada que ver con los sonidos de los instrumentos musicales, y el color fuera desnudo de los matices que la pintura conoce imitando la naturaleza; porque el encanto de la palabra en poesía, es realmente único, cuando se eleva como un eco vivo de generación en generación, de oído en oído, sin voces, sin efectos de ninguna clase, como si los elegidos fueran seres que aparecen de pronto, absurdos en su vida corriente, inútiles para su sociedad; y sin embargo los únicos necesarios en definitiva para salvar del hombre lo más sagrado, lo más digno. "Lo permanente es función de los poetas". La voz que canta y sueña, comunicando a los otros hombres, en medio de su soledad y agonía, el fruto real de los hombres, que

posee el "resplandor de lo verdadero", la belleza ideal, que es fuente de plenitud.

---

## III

El mundo de las imágenes inunda la conciencia y lo inconciente. Penetra sin cesar en todos los refugios del espíritu. Ahonda la visión de los objetos, que sería muy pobre si estuviera reducida a perceptos y sensaciones. Si bien es cierto que en toda imagen pueden hallarse vestigios sensoriales en su formación; no es posible desconocer que una vez iniciado el proceso, el desarrollo, el cambio de forma, el aumento permanente de figuras, realiza en el núcleo de la imagen, una síntesis propia y autónoma. Y es casi imposible reconocer la primer etapa sensitiva.

La comprensión de las cosas y los seres es mucho más perfecta. Si el conocimiento, aún el intuitivo nos revela un aspecto de la realidad fenoménica o trascendente, la formación de imágenes creadoras integra aquellos datos con todas sus posibilidades; y la riqueza de los contenidos es cada vez mayor, cuando nos vamos acercando a los poetas, desde el conocimiento vulgar y pasando por el científico y aún por el hombre abstracto y agudo de pensamiento. Aún cuando el poeta elimina vocablos, en procura del ritmo, y va desnudando sus poemas, hasta casi darnos símbolos; del mismo modo, sus interpretaciones son siempre mucho más vivaces y profundas, que las que necesitan del enlace de juicios y raciocinios.

Esa tarea inocente de la poesía, es sin embargo de una importancia fundamental. Porque el poeta, como señalaba Platón, es un intermediario entre los dioses y los hombres, y como la piedra imantada trasmite esa extraña fuerza que recibe y subyuga, y es admirado inevitablemente en sus inspiraciones, que parecen provenir realmente de mundos invisibles.

Es que posee la poesía la sublime cualidad de pertenecer al mismo tiempo a los dos mundos; el finito y humano, y por eso es triste, y el infinito y eterno, que le entrega su halo de triunfo y de alegría.

Y cuando el poeta a solas con su silencio, recoge la voz oculta, se transfigura y parece un alucinado ajeno a esta exigencia. Pero cuando mira su otro mundo, llora con los que sufren, canta con los que ríen, admira al héroe y se entusiasma con las acciones humanas y los paisajes vivos de la naturaleza.

Como si fuera nada más que un intérprete, neceriamente colocado en una situación entre los hombres, que aún sin quererlo, busca las palabras que se acerquen más al contenido de lo permanente. Como si fuera juzgado en forma inevitable por dioses y por duendes. Las acciones pasan muy rápidas junto a la vida del hombre.

La poesía parece tener la misión de detenerlas en su creación. Y las cosas profundas y la esencia del ser, esperan para ser nombradas por los poetas de verdad. Porque existen también los que no lo son y sólo versifican quedando en el juego inicial; pero el poeta verdadero, aquel por cuyo decir la poesía tiene una misión única entre las disciplinas del hombre; aunque ellos mismos no lo sepan, encuentran los vocablos au-

ténticos, en donde se expresa el dolor infinito del universo, en los más sencillos acontecimientos, de hojas y de pájaros, de rosas y de atardeceres.

Y es la esencia de la poesía, entonces, una realización metafísica intuitiva exacta; más perfecta que los grandes sistemas y análoga a los espíritus, cuyas angustias se convierten en problemas vivos; la filosofía cede a la poesía la proa que señala el camino hacia el absoluto. Pero siempre que ella no se desvíe, perdiéndose entre laberintos y matorrales. Cuando es auténtica, la poesía es necesariamente profunda, hondamente intuitiva y es legítima la sentencia de Hoelderling: "Lo permanente es fundación de los poetas".

## Capítulo II

# LA POETICA DE ARISTOTELES

En el concepto clásico, la Poética, es la ciencia que analiza las obras literarias de los más diversos géneros, y las impresiones que ellas dejan en las meditaciones de un filósofo, especialmente. En ese sentido la poética se dirige a conocer el ser de lo poético, es una ontología en la región de lo literario. Además presenta en su origen helénico, una dirección magistral, que se orienta hacia disciplinar y educar a la juventud.

Sobre los temas que aborda en su Poética, Aristóteles, trata de la epopeya y de la tragedia en el único volumen que se conserva; pero hace mención en distintos párrafos sobre el yambo y la comedia, que serían los temas del volumen perdido.

Las traducciones del original griego y de su versión al latín y al árabe, han sufrido importantes modificaciones; pero puede hablarse de una línea clásica especialmente con las llamadas: a) El Parisinus; b) El Riccardianus y c) La versión árabe.

El primero es un manuscrito del siglo X, señalado por Bekker, que da origen a traducciones alemanas

e inglesas desde mediados del siglo XIX, es importante la de Juan Valhen. Incluye la Retórica.

El segundo es un manuscrito del siglo XIV, incompleto, pero que enriquece el texto anterior, llenando muchas lagunas.

La versión árabe, cuyo origen es un manuscrito existente en la Biblioteca Nacional de París, del siglo X, y que representa una traducción literal de una traducción siria, siglo VI, casi desaparecida totalmente.

La Poética aristotélica, si bien presenta un plan disciplinado, parece haber sido expuesta antes de ser escrita como en forma de un curso oral, con el sólo deseo de instruir a los jóvenes. Además data de la época en que fué encargado de la educación del Príncipe Alejandro de Macedonia, por el año 343 a. c.

Entre los fragmentos de Aristóteles perdidos figuran "Problemas homéricos" y "Victorias dionisíacas", sobre la Ilíada y los vencedores en los juegos escénicos. Y un diálogo sobre "Los Poetas" del que sólo restan unas pocas líneas.

Junto con la Retórica, y pequeños fragmentos dispersos, todas estas obras parece que estaban destinadas a la enseñanza.

2 — Comienza con el plan; lo esencial es la trama o argumento, si se busca la belleza, y luego se rodea de los demás elementos. Considera que todas las manifestaciones poéticas, en el sentido más general del término, son reproducciones por imitación; ya se estudie la tragedia, la epopeya, la comedia o el ditirambo.

La mímesis es la imitación de lo fundamental y puede hacerse en tres formas: a) Por los medios de

imitación (palabra, colores, sonidos, formas); b) Por imitar objetos diversos (temas naturales, leyendas, mitos, fábulas, alegorías); c) Por la manera de imitar (estilo, originalidad, ideales, realidad).

Afirma Aristóteles que se vincula generalmente el nombre de poesía a la métrica, sin embargo esto sólo tienen de común Homero y Empédocles, y puede llamarse con más propiedad poeta al primero y fisiólogo al segundo, aunque ambos utilicen la métrica.

Entonces, la poesía no es esencialmente métrica o forma, sino especialmente un arte que emplea ciertos recursos como el ritmo, la melodía y la métrica. Algunos pueden utilizar todos ellos juntos, otros en cambio sólo algunos. Es interesante destacar esta independencia de lo esencial en poesía, de la métrica, siendo en cambio, ya para Aristóteles muy importantes el ritmo y la melodía, que superando a lo exclusivamente formal y rígido, crean infinitas posibilidades musicales y armónicas a los vocablos en sus combinaciones poéticas.

3 — Mientras que Homero imita y reproduce las acciones de los héroes y de los mejores hombres, otros como Cleofón y Nicóxares utilizan a los peores en sus comedias y parodias ridiculizándolos. Esta es la diferencia esencial entre la tragedia y la comedia. El drama sería la imitación de hombres en acción.

En cuanto al origen de la poesía, existen dos causas para Aristóteles, ambas naturales. La primera sería la tendencia muy general en los niños de reproducir imitativamente, en forma mucho más eficiente y

perfecta que en los animales. El niño realiza su aprendizaje por la imitación.

Y en segundo lugar, la comprobación de que los hombres se complacen en imitar. Existe un gusto agradable en reproducir. Dice Aristóteles: (La Poética, 4) "...Siéndonos, pues, naturales el imitar, la armonía y el ritmo —porque es claro que los metros son partes del ritmo—, partiendo de tal principio innato, y, sobre todo, desarrollándolo por sus naturales pasos, los hombres dieron a luz, en improvisaciones, la Poesía".

Y la poesía, según el carácter del poeta, se dividió en dos grandes grupos: poetas heróicos y poetas yámbicos.

Los primeros, como Homero y Sófocles, representaron las acciones bellas, mientras que los más ligeros imitaron las de los viles, aquellos con himnos, éstos con sátiras.

Y aparecieron después las imitaciones dramáticas, y se enseñó que la comedia debía representar las cosas ridículas y no las oprobiosas. Así como las tragedias presentan acciones intensas. Aparecieron entonces, según la tendencia de los hombres, los poetas cómicos y los poetas trágicos.

Siendo tragedia y comedia, formas poéticas de mayor grandeza que lo épico y lo yámbico, que vinieron a sustituir, respectivamente.

4 — La tragedia se origina espontáneamente de los cantos fálicos, así como la comedia de los cantos ditirámbicos. Y son formas más perfectas y desarrolladas. Esquilo aumentó de uno a dos el número de

actores en la tragedia, disminuyendo la parte del coro, y dando principal importancia al diálogo.

Sófocles aumenta a tres los actores y hace decorar el escenario. Así poco a poco, se va abandonando la sátira y lo cómico de que estaban impregnadas las primeras tragedias y se adquiere grandeza. El diálogo se realiza principalmente por yambos y no por exámetros.

Definición de la tragedia: "Es la imitación de una acción de carácter elevado, en lenguaje deleitoso (ritmo, armonía y métrica) (canto) drama y no recitado o narración; de una especie particular, que, suscitando terror y compasión (temor y piedad), sea el resultado: la purificación de aquellas emociones (pasiones)".

La imitación en la tragedia es de una acción seria y grave. El efecto que debe producir el ambiente y el espectáculo de la tragedia, —arte para nosotros—, era para el griego, religión e historia.

La trama o argumento, es el principio fundamental de la tragedia. Sólo en segundo lugar deben tenerse en cuenta los caracteres. Si se buscan sentencias morales, por perfectas que se presenten, la obra deja de ser una tragedia, pues lo que más influye son las partes del trama más vivas, como acciones y reconocimientos, aunque presenten otros defectos.

Y aparece la catarsis o purificación moral, por contraste en los resultados a que conducen las acciones equivocadas. Es una penetración muy profunda en la psiquis humana. Y concluye como una verdadera purgación del espíritu.

5 — La poesía se distingue, para Aristóteles, con claridad de la historia; mientras esta disciplina cientí-

fica se ocupa de los hechos reales y contingentes en especial que le sucedieron al hombre; la filosofía nos acerca a las cosas trascendentes, como dice Platón: (La República, libro VI) "Filósofos son los capaces de estar en contacto con lo eterno, lo idéntico, lo inmodificable". Y la poesía está mucho más cerca de la Filosofía que de la historia, es un término medio, si, pero que se acerca a la historia por lo épico y a la filosofía por lo sublime. O sea, que cuanto más auténtica es, mucho más filosófica se presenta.

Nos dice el estagirita: "No es oficio del poeta, contar las cosas como sucedieron, sino como desearíamos hubieran sucedido, y tratar lo posible según verosimilitud y necesidad. Que en efecto no está la diferencia entre poeta e historiador en que uno escriba con métrica y el otro sin ella — que fuera posible poner a Herodoto en métrica, y con métrica o sin ella, no dejaría de ser historia. Una dice las cosas como pasaron y la otra tal como debían haber pasado. Y por este motivo la poesía es más filosófica y esforzada empresa que la historia, ya que trata sobre todo de lo universal, y la historia por el contrario de lo singular".

Y entre las diversas formas de poesía superiores, es la trágica más grande que la epopeya; porque existe una pretendida superioridad de la epopeya sobre la tragedia, basándose en que aquella generalmente más extensa, pues narra y describe, se dirige a espectadores distinguidos, que no necesitan de gestos, y la tragedia sería destinada a los villanos, al pueblo.

Este argumento no va contra el poeta, sino con-

tra el actor, que puede excederse en sus funciones interpretativas.

El rápsoda y el cantor, pueden recitar los mejores poemas, en forma muy artificial, desmejorando sus efectos.

Pero no puede condenarse el contenido ya heroico, ya sublime de lo trágico. La simple lectura revela su calidad.

Consigue además su fin con menor extensión, que demuestra su mayor grandeza. Si los poetas épicos ponen un solo argumento, empobrecen el conjunto y la trama breve se desvaloriza. Las grandes epopeyas presentan muchas acciones combinadas. Pero las tragedias mejores culminan en una acción nuclear, de calidad absoluta y cuyo efecto es auténticamente insuperable. Pues conmueve al lector o espectador intensamente.

6 — El texto de la Poética presenta enseñanzas permanentes y universales. Si bien el artista idealiza la realidad y la falsea en cierto grado, es necesario esta subjetivización de las intuiciones y conocimientos, para realizar una obra personal de alto valor. Si se copiase exactamente la naturaleza, se caería en la comparación inevitable entre una fotografía y un cuadro de un pintor. Lo que no es realidad, se convierte en arte. Pero conserva trazos de su origen, indispensables para el desarrollo del matiz estético. Lo sensorial no se borra por completo, sigue una lenta evolución hacia ideales cada vez más abstractos y formales que en un momento determinado, salen de su cauce

psíquico y se encuentran con una realidad trascendente, de su propia naturaleza. Como si el poeta al desfigurar la realidad — tan exacta para el historiador y el científico analítico — se elevase hacia otros mundos que en apariencia no existen más que en sueños, pero que en forma asombrosa parecen descubrirse en la inmensidad del arte, que bordea los abismos más trasdendentes al espíritu humano. Y entonces, al huir de lo finito y singular; buscando el artificio de las imágenes, y la interpretación de los caracteres en acción; se penetra en el mundo de las ideas. Y es indiscutible, el reconocimiento, aún por Aristóteles, de la visión platónica del absoluto, como culminación del camino poético hacia la superación del hombre.

La evolución integral de los seres humanos, pasaría por grados que según Aristóteles, serían los siguientes: Estado de potencia, estado de acto, estado de fin, de forma y de idea propia.

Hay seres que no logran pasar de la potencia al acto, otros que habiendo conseguido este estado, no presentan un desarrollo final, o si lo logran penetran en la caracterización de las formas. Pero el ser más perfecto es aquel, que habiendo pasado sucesivamente por estos diferentes estadios, consigue que su forma, ya habiendo cumplido una finalidad, se realice la gestación de una idea que puede alcanzar a contemplarse a sí misma, y sería la constitución definible de un ser. Y estaría destinado a la poesía, esta etapa suprema de cristalizar los seres en sus realizaciones idénticas.

El poeta establece un vínculo perfecto entre el mundo de las cosas representadas, los actos humanos y las formas naturales, con ese otro universo en donde

sólo puede hablarse de ideas que presienten existencias supremas, voces divinas.

Y entonces el poeta es el contemplador del absoluto, y por lo tanto, aquel entre los filósofos que supo dar existencia viva al mundo invisible y eterno, para trasmitirlo a los demás hombres.

Y esta comprensión del Ser, hace posible, antes que nada, las preguntas sobre su esencia; que equivale a aceptar luego de la intuición y captación del poeta, que tal comprensión ya incluye todas las respuestas a las preguntas sobre la verdad ontológica.

---

## CAPÍTULO III

# CONCEPTO DE BELLEZA EN LA METAFISICA DE PLOTINO

1 — Conviene hacer notar que la metafísica, como toda ciencia en general, investiga los problemas, indaga y analiza los alcances de los objetos; pero a diferencia de las ciencias, no se detiene en las soluciones, que son cristalizaciones necesarias para aquellas, frutos a lograr. Sino que por su naturaleza peculiar, los resultados de las investigaciones son para la metafísica auténtica, sombras de la verdad, márgenes de las fuentes intuídas, senderos sin término posible; y es entonces como penetra en lo que es zona prohibida para la ciencias; y en cambio, profundos abismos, inevitables para el metafísico le conducen al mundo del misterio.

Y más allá de toda historicidad y sistematización de los grandes esfuerzos por develar lo incognocible para el hombre; existe una auténtica presencia viva de problemas en latencia, de metafísica individual, de posiciones honradas y sinceras frente al absoluto; que constituyen por lo tanto, las raíces más profundas del pensamiento filosófico de todos los tiempos, y estas

construcciones personales, a veces indiferenciadas; alcanzan a formar valiosas contribuciones de experiencias, críticas agudas y a momentos creadoras. Entre estas experiencias que se enfrentan con lo absoluto y con el hombre, en procesos directos del pensar y del sufrir, sin prejuicios, ni cargas preestablecidas de dialécticas o creencias; encontramos, el pensamiento de Plotino, culminación del esfuerzo neoplatónico, en la cultura greco romana que vivió en Alejandría; luchando por retornar a Platón, a lo más puro que Grecia dió al occidente. El mundo por el año doscientos de nuestra era, sufría convulsiones poderosas que amenazaban destruir y mediocrizar los espíritus.

Plotino, discípulo de Amonio y contemporáneo de Longino, —ambos habían pasado del cristianismo al neoplatonismo, — viaja a Roma, es protegido por el Emperador Galiano y concibe la idea de realizar el sueño de Platón, la ciudad de los filósofos. No se lleva a efecto, entonces permanece allí enseñando muchos años filosofía; estre sus discípulos se destacan Amelius y Porfirio, quien al principio escribe una tesis en su contra y luego llega a comprenderlo y venerarlo profundamente y a quien debemos la publicación de "Las Enéadas" de Plotino, después de su muerte.

No se preocupaba mucho Plotino de conservar en obras su pensamiento; sino que esencialmente sus clases eran conversaciones y discusiones plenas de vida, con sus discípulos, y exposiciones suyas en donde dejaba lo más auténtico de sus meditaciones y agonías. Había pasado ya los cincuenta años, cuando escribe sus ideas a instancias de sus amigos. Dedica su vida a la contemplación y a purificar su existencia,

llega a extremos inverosímiles de heroismo en su desprecio por la materia.

2 — Y entre sus pensamientos existe uno que le conmueve hondamente: es la Belleza. ¿Cómo lo bello sensible y lo bello inteligible pueden coexistir sin anularse? Para Platón la primera forma sólo es apariencia. Al participar de la Belleza de las Ideas, se iluminan los objetos, pero la única belleza es la ideal, la que proviene del Bien.

Para Plotino, al mismo tiempo más humano y más místico que Platón, y casi tan idealista como él; la solución no le convence plenamente.

Entra entonces en lo que podemos llamar experiencia metafísica personal. Es quizá exacta la idea de la participación, las cosas son bellas cuando participan de la belleza, pero le sacude con fuerza la visión de la belleza sensible, que es también por sí misma bella. Como si el absoluto la iluminase sin abandonarla, al tomar forma dejan las cosas de ser negaciones materiales y adquieren realidad. Y en la forma está la belleza, en presente, impregnada del alma y de lo inteligible y por ellos también del Uno esencial; pero en presente. No por simple participación, que necesita de inducciones dialécticas para su perfección, sino por presencia y realidad de lo eterno en lo vital en permanencia.

La belleza es para Plotino una manifestación de lo divino. El espíritu infinito se multiplica en sus emanaciones y aparece como seres y cosas.

3 — Es necesario comprender en su conjunto las

ideas de Plotino, para poder seguirlo en sus apreciaciones sobre la belleza como experiencia viva. Considera que existe el Uno, el Ser, el que es, el eterno; y que El constituye la fuente de todo lo existente. En una concepción panteísta y dinamista; piensa que el Uno por emanación o hipóstasis, se convierte en la Inteligencia; esta segunda hipóstasis tiene dos aspectos, uno mira hacia su origen, hacia el Uno, y posee entonces conciencia de sí misma, es el cognocente supremo, el que sabe, la sabiduría, el Logos.

El segundo aspecto o rostro, mira hacia las cosas que el mismo crea emanadas de sí, y entonces es el creador, el ordenador, el ser inteligente.

La tercera hipóstasis produce el Alma, Alma del Mundo, el espíritu del Universo, lo esencial de todo lo existente, con múltiples transformaciones sin cambiar de sustancia, da origen a los seres y las cosas. Y entre los seres está el Hombre. Y termina este inmenso proceso de emanación que se denomina "Procesión", frente a su limitación inevitable: El No Ser, o la Materia, lo negativo, lo que no es, lo feo, lo inarmónico.

Pero las cosas poseen dentro de sí, una fuerza inmensa espiritual que las impulsa a retornar a su origen divino. Y comienza el camino de retorno o la "Conversión". Especialmente en el Hombre, que constituye un microcosmos, se produce el deseo inevitable y asombrosamente por libertad, de elevarse hacia el Alma y lo Inteligible y el Absoluto. Pero todo ello parece estar coincidiendo en el mismo Ser, cuya presencia no se desvanece, y aquí nace la angustia, la lucha trágica entre la materia y el espíritu, aunque una

sólo es limitación y negación, y el otro la única existencia posible. Un monismo trascendente, extraño para nuestro pensamiento occidental, cargado del lastre de los dualismos, surge en la visión plotiniana del Universo, y nos seduce profundamente, quizá sin poder comprender su oculto significado desgarrador.

4 — En la Enéada I y en la Enéada V, expone Plotino su concepto sobre la belleza; en la primera se refiere a lo bello sensible y en la quinta a lo inteligible. Pero no es posible destruir la unidad que existe en toda su obra, no nos habla de la belleza como de algo ajeno en su sistema, sino como manifestación principal del espíritu en la armonía de las cosas del universo.

Habría una belleza que hiere nuestros sentidos, en especial los más perfectos, la vista y el oído. Da realce a esta sensibilidad que por las formas es capaz de hacernos vibrar y desear plenamente.

En Platón, del conocimiento de las Ciencias se pasaba al Bien, por ascensión directa; mientras que en Plotino existe un proceso intermedio de conocimiento profundo de las cosas y del hombre, una interiorización en lo vital, antes del retorno al Absoluto.

Y es en esta profundización de las cosas en sí mismas, sin el desprecio de que sean sólo apariencias, en donde encontramos su experiencia metafísica de asombro y de observación en plenitud.

El alma al purificarse se hace idea, incorpórea e inteligente, y se reintegra a lo divino, donde estaría el manantial de la Belleza.

Y tiene la Belleza una función permanente entre

las cosas y las formas, convierte las mismas ideas en lo inteligible y en lo unitario. Y es como se aspira entonces por su intermedio a lograr la unidad eidética y básica entre las cosas, aspirando a elevarse hacia lo esencial. Es una fuerza viva de retorno hacia el Alma.

5 — Plotino nos dice que lo bello es una proyección del Bien y que el Bien tiene proyectado lo Bello ante sí. ¿Qué significado posee esta consideración?. Nos habla en alegorías. El Sol sin moverse de su sitio, arroja luz y calor y en la multiplicidad de las cosas que ilumina y da vida, permanece sin dejar de ser él mismo. Es Uno sin dejar de ser múltiple.

La luz retorna también hacia el Sol. Permanece en la atmósfera que separa las cosas del astro: Y las une a él, y les da vida. El Sol tiene la luz proyectada ante sí, entre su unidad y la pluralidad del mundo sensible.

Así del mismo modo, es la Belleza intermedia entre el Uno y lo múltiple; sin dejar de pertenecer a lo Uno, a quién aspira a reintegrarse, realiza también la unidad entre las diferentes cosas y seres, aquello común es la belleza por la cual aspira a volver hacia el mundo espiritual.

Y esta alegoría nos conduce a la mejor comprensión de las dos formas de Belleza. Lo Bello inteligible toca al Uno, como la luz al Sol en el comienzo de sus rayos y es una con él. sin poseer sustancialidad.

Y por el otro extremo la belleza sobre los objetos sensibles, como la luz sobre las cosas materiales, hace resaltar las formas de cada una de ellas.

Existe por lo tanto una suprema unidad entre la Belleza, con sus distintas apariciones, y en los planos esenciales. Todas las ideas son bellas para Plotino, y no es la Belleza otra idea más. Lo Primero es también Bello, lo inteligible es el lugar de las ideas, el Bien es el origen de lo Bello.

6 — Lo bello en Plotino alcanza un sentido simbólico; las realizaciones son siempre inferiores a la idea, nos afirma que lo creado es menos que el creador. Se aleja por consiguiente de todo evolucionismo, manteniéndose en su teoría de las emanaciones y de los retornos, con firmeza intuitiva, pero con deslumbramiento místico y asombro metafísico.

Cuando nos dice que Fidias creó su Zeus sin seguir ningún modelo percibido por los sentidos o por imitación, sino que lo hizo considerando como debía ser Zeus si se presentase a los ojos de los mortales; nos encontramos frente a un concepto claramente simbolista.

Una cosa bella material lo es por participar en la razón cuyo origen es lo divino. Que la belleza no es solamente apariencia y no realidad como para Platón, sino que es esencialmente tan bella como se presenta, teniendo en cuenta que debe su belleza a la forma que la anima, y que esta forma es producida por el alma que tiene su origen en la inteligencia y ésta es la Unidad.

O sea, que existe siempre una armonía y un enlace entre las cosas. Y es de naturaleza espiritual, incorpóreo, trascendente, la causa de lo bello y la belleza misma.

Para Plotino el arte no puede reducirse a los estrechos límites de la percepción sensible, no es en esencia imitación pura, sino especialmente superación espiritual hacia el mundo de lo inteligible.

Lo Bello particular participa de lo universal, del mismo modo que lo Bello inteligible; la primer forma por la armonía en presencia y determinación, la segunda por las ideas que integran su esencia.

Es por consiguiente la teoría de lo bello en Plotino, de naturaleza metafísica, no abandona al hombre que siente la belleza, aunque sabe su origen trascendente. En Platón, existía reminiscencia de un cielo perdido, hacia el cual aspira el hombre regresar.

Plotino, aún con la visión mística y en éxtasis del Absoluto unitario dentro suyo, conserva la actitud humana del metafísico que no se conforma con su descubrimiento. Bordea lentamente los objetos en donde encuentra la belleza, y los admira y se extasía con ellos, sin desprenderse del todo de su presencia. Como si pensase agotando su enerpía vital en el drama del hombre, que es a la vez un pequeño universo, y una gota de aire hundido en las profundas aguas abismales, que aspira a retornar al aire esencial libertándose para siempre.

Y el Absoluto dentro suyo le mostraba en su angustia la presencia del Uno eterno, y sufría en su experiencia auténtica por la claridad de su místico conocimiento y la oscuridad de su problema sin solución.

7 — Y en la relación entre el alma y el cuerpo, nos presenta Plotino una posición especialísima.

El hombre es unitario, un monismo trascendente integra su naturaleza; pero lo asombroso es que no permanece en equilibrio, fuerzas antagónicas luchan dentro suyo y ponen en tensión su vida.

Son las "diadas" o aspectos duales de una misma realidad. Dos caras que constituyen direcciones opuestas. Pena y Placer, Temor y Confianza, Deseo y Retraimiento, y el Malestar que podríamos completarlo como enlace latente en su filosofía de un nuevo par: Anhelo y Sensorio. Interpretando libremente estas fuerzas duales, podemos pensar que tienen un profundo sentido simbólico.

La Pena acaso significa la tristeza en permanencia que tapiza el fondo del alma humana, dolor de haber abandonado la alegría de la vida en el Alma Universal, reminiscencia platónica de un perdido cielo.

Y la fuerza opuesta es el Placer que intenta hacer olvidar al hombre su destino trascendente y lo encamina hacia la materia.

El Temor sería la tensión máxima de la pena infinita. Porque al saber que el alma aspira a retornar al absoluto, se rompería la individualidad humana y habría una fuerza hacia dentro, quizá egoísta que le impide hacer abandono del cuerpo. Pero opuesta a ella existiría la Confianza en un destino supremo más allá de la muerte.

Otras fuerzas como los Deseos llevarían al hombre a realizar su inquietud hacia la cercanía y el contacto de otros seres, los deseos también podrían ser hacia el interior por el camino asceta.

Y un Retraimiento impediría la explosión perma-

nente hacia la culminación de todos los deseos. Muy profundamente en el plano del malestar estaría el Anhelo, como una fuerza inevitable, extraña a la voluntad de los deseos, ajena a la libertad humana, que se efectuaría para seguir el proceso del retorno hacia lo Absoluto, hacia el Uno.

Pero también existe otra fuerza contraria a ésta, es lo Sensorio, lo formal, que se impregna de belleza y que atrae poderosamente. Y entonces nos encontramos en el Hombre con un continuo movimiento, en dos direcciones opuestas, hacia el Alma y el Absoluto, y hacia la negación de la materia. Procesión y Retorno existirían sin contradecirse al mismo tiempo en el universo humano. Y somos partícipes y espectadores de esa expansión y retracción del alma universal hacia las cosas y hacia la Inteligencia.

La belleza sensible deslumbra al hombre por su forma, pero sabe que sólo la inasible es la que buscamos intensamente, aún con la certeza de la pérdida de nuestra individualidad, al contemplarla y extasiarnos en ella, mientras vamos extinguiéndonos y retornando al alma esencial.

8 — El concepto de Plotino sobre los artistas, que serían los seres encargados de estimular en los demás hombres esa inquietud superior, que los conduce a la purificación y lo bello; se resume en tres tipos fundamentales: El filósofo, el amante y el músico. La jerarquía máxima corresponde al músico, pero su concepción es muy peculiar; músico es aquel hombre capaz de comprender profundamente y en forma intuitiva, la armonía del universo y de los números. O sea que

participa del astrónomo y del matemático, músico en sentido pitagórico.

La música sería una contemplación perfecta del orden universal y de sus cambios esenciales. La música estaría muy vinculada a la poesía y la filosofía. Por la música se alcanzaría el grado superior de la intuición de lo bello. La armonía es indispensable para hurgar el fondo de las cosas.

Lentamente vamos acercándonos al problema metafísico que conduce a Plotino hacia un misticismo casi inexpresable.

De la belleza sensible se eleva a la virtud, luego a las formas, y alcanza por fin la contemplación. No es suficiente el mundo cognocente para darle su visión trascendente, debe penetrar en su interior y allí contemplar en asombro y angustia, en desvelo y drama, como sus meditaciones metafísicas, se encuentran de pronto, con su experiencia auténtica frente a la búsqueda interior. Y allí comprende que encuentra el camino perfecto hacia lo bello. Pero está acompañado de un proceso de purificación.

Su misticismo se enciende de reflejos de un incendio instantáneo, es su propia alma que arde en la visión interior de la belleza. Como si en las cenizas quedase la pobreza de la razón y del conocimiento; asciende en vuelo majestuoso su espíritu hacia lo inefable, libre ya de lastres de vocablos y de materia.

Sólo es posible contemplar la belleza inteligible, cuando se forma parte de ella, cuando se ha penetrado en el abismo infinito y cuando en la intuición mística, se convierte el alma en una gota más del agua espiritual del Universo.

La Belleza es una aureola del Ser, un resplandor eterno que une al Uno con la Inteligencia y el Alma, penetrando en todas las cosas y los seres, otorgándoles su motivo de existencia trascendente.

---

SEGUNDA PARTE

# DE LA EXPERIENCIA METAFISICA

---

*a Marynés*

## Capítulo IV

## I

## DE LA EXPERIENCIA METAFISICA

En el planteamiento de los problemas metafísicos ocurre casi siempre una confusión; existe en forma evidente un verbalismo filosófico que no hace más que complicar inútilmente los esquemas y adecuaciones entre el pensamiento y el lenguaje. Pero es indiscutible también la existencia de formas puras de pensamiento que ahondan en la realidad, buscando más allá de toda polémica, la legitimación de experiencias individuales y sinceras en la esfera del mundo espiritual. Aún las dificultades lógicas, perturban los núcleos de experiencias y percepciones metafísicas.

No todas las cuestiones pueden ser traducidas al molde rígido de postulados o de juicios interpretativos.

Permanece en el fondo de los problemas, en la metafísica auténtica, un campo inexplorable con los anteojos de las traducciones y de los mecanismos clásicos de investigación.

Es necesario hundirse muy a fondo en el pensamiento solitario, ir dejando a un lado por inservibles todas las objeciones más o menos válidas que se han

presentado en la historia del espíritu humano; porque sino es imposible desnudar la visión pura del hombre frente a los movimientos de la huidiza realidad.

La experiencia en metafísica sólo aspira a ser verdadera cuando la formulación tradicional de los problemas desaparece, ante un renacer primitivo en el espíritu del hombre, capaz de nuevo del asombro y de encontrarse extraño entre todas las cosas que hasta hacía un instante eran familiares y cotidianas.

Esa actitud de remontar por uno mismo hasta sus fuerzas en latencia que aún están indiferenciadas, y por lo tanto nobles a experiencias reales; es inevitable, en quien desee huir de las determinaciones en que la super civilización y la cultura encierran al espíritu más rebelde y fuerte, cuando intenta navegar de frente a los abismos con el viento huracanado de las dificultades propias del misterio, y en reflexión crítica intente arrancarles sus voces de eternidad y contemplar las luces de las auroras inmortales.

La experiencia metafísica se propone captar ese movimiento hacia la profundidad y la unidad que el espíritu presiente en los mares interiores. Y también, y aquí surgen problemas casi insolubles, percibir y sentir plenamente, si es posible con la avidez y la quietud inefable de una actitud estética; aprehender modos de la realidad en representaciones nuevas, circunscribiendo el ritmo y el pulso de las armonías del absoluto, en la siempre insatisfecha esperanza agónica del hombre.

---

## II

## POR UN OSCURO CAMINO

En la expresión de ciertos giros rápidos, el pensamiento, cuando se acerca contorneando los altos montes de geométricos declives y cruza las interminables llanuras del espíritu; se manifiesta oscuramente, no porque sea su naturaleza ajena a la claridad de los ríos interiores, sino porque alcanza a penetrar en la zona que los filósofos denominan: problemática viva. Como si una espesa selva, fecunda en matices divergentes intentase desorientar al pensador sincero.

Y la agudeza metafísica se entiende entonces como nos revela Simmel: "es un movimiento del pensamiento en el sentido de la profundidad". Y no podemos decir nada más. Una bruma incesante acosa el esfuerzo de los últimos conceptos por fijarse, y las imágenes, sin la riqueza de los recuerdos y la fuerza de las percepciones, se encuentran solas e impotentes en su lenguaje.

El descendimiento a los planos conceptuales desde el trasmundo del problema vivo, sufre una caída en vértigo y destrucción. Y se piensa que no existió fruto alguno en la búsqueda suprema. Y la actitud escéptica parece ser la única con real dignidad.

Sólo restan fragmentos en la experiencia metafísica personal. Como si se hubiese desmoronado parte de un alto pico montañoso, y las piedras corrieran por sus laderas en desorden, quedando en la quietud de los valles sólo cantos rodados, a veces todavía desmenuzada arena.

Y en la imagen aún doliente, del último esfuerzo por escalar las cumbres ignotas del profundo conocimiento, nos queda la emoción de una trágica tormenta que hubiera desmoronado también nuestras más ardientes esperanzas.

Pero no quedamos conformes con la negación de nuestro esfuerzo; y una y mil veces recomenzamos la tarea individual de elevarnos en el vuelo de los más profundos y tenaces pensamientos, hacia el logro de la cumbre anhelada, que asombrosamente parece esfumarse cuando la rozan las alas de la meditación.

Y es entonces cuando comprobamos que es imposible reconstruir los fragmentos de la experiencia interior. Pues cada uno de ellos constituye una realidad en la conciencia de los problemas.

La claridad buscada es muchas veces sólo vagamente concebida. Y se da la paradoja, de que lo claro y distinto que el hombre presiente, como unidad absoluta en el fondo de su análisis viviente; está siempre orillado por sendas oscuras de difícil abordaje.

Aquel que declare que inicia sus meditaciones con conceptos nítidos y precisos, desfigura la realidad de su conciencia en movimiento; está trabajando con ideas ajenas prendidas a su ser como musgo, que impide la comprensión de los problemas en su justo término.

Cuando se intenta penetrar hondamente en forma personal, hacia los abismos y montañas, los vacíos y las voces interiores; siempre se debe pasar por desfiladeros que producen temblor y angustia, no es posible penetrar sin conservar el silencio como compañero imprescindible, el dolor como estímulo, hundirse entre

las sombras de la noche de la ignorancia humana, y entonces la amargura.

Nos vamos desprendiendo de las palabras y de las opiniones; las ideas extrañas, en un momento determinado, huyen de nosotros como aterradas ante la presencia de los pantanos interiores.

Y nos vamos desnudando también de los recuerdos y de los perceptos. Cuando la oscuridad es total, cuando sólo poseemos ideas e imágenes que forman nuestro ser expresivo; comprendemos en la experiencia interior, que nos queda muy poco para sentir emotivamente, permaneciendo como seres racionales. Al notar la necesidad de abandono completo de nuestra razón, para seguir por el sendero oculto del yo, nos deslumbra de improviso una luz infinita que no comprendemos. Y nos sumergimos de nuevo en las tinieblas de nuestro pensamiento.

---

## III

## SOBRE MODOS DEL SER

1 — Es condición del espíritu humano conocer el mundo que nos circunda por medio del pensamiento, pero la realidad de otros espíritus y por lo tanto de seres capaces de pensar y percibir, es también evidente. Si bien sólo por imágenes comprendemos el fluir de las cosas y nos acercamos al idealismo, porque nuestro espíritu hace inteligible a la realidad, ésta se manifiesta también en forma espontánea, entregándonos el material sensible sin el cual estaríamos incapacita-

dos de comprender las cosas. Y además el realismo nos enseña que somos orientados aún en nuestras más puras percepciones, por el curso de los acontecimientos exteriores a nuestro espíritu. Existe un mundo real, aunque puede disociarse en fenómenos intrascendentes y dejarnos la angustia de conocimientos incompletos y la necesidad de causas y de fines más allá de lo transitorio, y éstos noumenos kantianos pueden aparecer en nuestra conciencia de muy diversa forma, negaciones de todo lo que no es mi yo como en Fichte, encerrándonos en un subjetivismo trascendente, o puede aparecer la búsqueda fuera del yo como en Schelling y hacer objetiva la verdad absoluta. Es posible también la negación de estas cosas que existirían por sí mismas en el fondo de lo fenoménico, pensando que todo puede reducirse a representaciones y relaciones entre los fenómenos. Pensar, sería entonces, como para Renouvier, suponer relaciones. Pero esta relatividad nos encamina rápidamente hacia el absoluto, aunque lo consideremos también en forma relativa; existiría una valoración jerárquica cuyo vértice se confunde en el infinito con una última incógnita. Y ese misterio final imposible de determinar constituiría algo análogo a una de las "cosas en sí" kantianas.

Nos dice Bergson que si olvidamos las teorías sobre la realidad o idealidad del mundo exterior, estamos en presencia de imágenes. En el sentido más vago del término: "Imágenes percibidas cuando abro mis sentidos, no percibidas cuando los cierro".

Pero esta concesión al idealismo, aceptar que las cosas son en cierto modo imágenes para nosotros, el mismo Bergson la ubica filosóficamente con claridad:

"La percepción pura si pudiésemos alcanzarla, nos facilitaría visiones instantáneas de las cosas, formaríamos en un momento dado, más parte de ellas que de nosotros mismos". Esta simpatía absoluta por intuición directa vuelve a conceder al realismo la trascendencia que hace un momento ante la evidencia de las imágenes en nuestra conciencia, había perdido. Los análisis bergsonianos, ya clásicos en la filosofía contemporánea, despejan el problema ficticio que idealistas y realistas debatieron durante tantos siglos.

2 — Y nos encontramos en el problema de fondo, o existe una sola realidad al modo de Spinoza, análoga al mundo del pensamiento y sumergida en el caos para ordenarse a sí misma y es única y puede pensarse en Dios o el Todo; o existen dos o más realidades substanciales en el sentido cartesiano, pensamiento y extensión y un ser supremo y perfecto que posibilita ambos mundos, el del pensamiento y el de la materia; o las "cosas en sí" de Kant, con su contenido moral son de otra esencia que el pensamiento que intenta infructuosamente conocerlas; o la tesis y antítesis se resuelven en síntesis al modo de Hegel y lo real es racional necesariamente; o retornamos a Platón reconociendo la realidad de las Ideas para comprender al mismo tiempo nuestra intrascendencia y nuestra eternidad por reminiscencia.

Y en este problema de fondo que se encamina inevitablemente hacia un intento de desentrañar la naturaleza del Ser de las cosas y del pensamiento, del universo y de las ideas; nos encontramos que existen muy pocos temas esenciales en la historia de la metafísica

y aún más limitadas soluciones. Porque otros asuntos de menor interés ocuparon el tiempo de los hombres, y sólo algunos espíritus excepcionalmente dotados, intentaron abarcar desde la cumbre de su agudeza, en el pensar solitario y árduo, el valle de plenitudes eternas y causales.

Han transcurrido más de veinticinco siglos que Platón preguntaba por su destino a los astros y a las piedras, desde su maravillosa Atenas olímpica. Dos siglos largos pasaron desde que Kant se maravillaba del cielo estrellado y de la ley moral en su corazón; los hombres siguen empecinados en su ceguera de ambiciones y miserias; guerra tras guerra va destruyendo en voraces incendios y martirios las largas jornadas de trabajo en que se construyen viviendas y leyes de convivencia social; todavía en nuestro siglo de crisis y de angustia miramos asombrados el cielo, levantamos el vuelo de nuestros pensamientos y nos perdemos en el horizonte metafísico.

3 — Las preguntas supremas del hombre sobre el motivo de su existencia, su destino, su origen, sus ideales, su muerte, su felicidad, no han podido ser contestadas satisfactoriamente por la filosofía, y es natural que así suceda, porque la oscuridad y lo desconocido inundan siempre los últimos ríos del saber, como si le estuviera vedado al hombre el conocimiento de la verdad. Y entonces le obliga a pensar y a sufrir, y en esta lucha contra lo ignoto y aterrador de su fin, desarrolla sus pensamientos y los extiende hacia lo infinito y los recoge de nuevo en sí mismo, dando un motivo de realización y de encuentro consigo mismo a todo aquel que busca lo trascendente. Y en esta for-

ma la verdad eterna parece que sólo se presentara en chispazos o relampagueos únicos y distintos para cada hombre que piensa.

Y en este encuentro de lo eterno en el fondo del ser del hombre, radica la plenitud y la agonía de cada individuo en su instante de eternidad y en su movilidad infinita, aprehendida y detenida en su visión, y percepción del modo de ser en su conciencia viva.

Pero a pesar de la multiplicidad de soluciones posibles que presenta por su naturaleza el problema del ser, en lo más íntimo de cada conciencia; la realidad escapa a ellas como el espejismo de un oasis en el desierto. Y las arenas destructivas agotan todos los intentos falsos de encontrar verdades sólo humanas. Y el ser absoluto permanece en el fondo abismal incognocible.

Y sin embargo, en alguna forma se manifiesta lo eterno a lo fugaz; no es sólo la insuficiencia que lo pequeño tiene de sí mismo. Sino también la convicción de la presencia en alguna forma de lo absoluto y permanente en nuestra conciencia asombrada. Parece tan evidente esta percepción interior como es el cúmulo de sensaciones que posibilita nuestras percepciones inteligibles del mundo exterior. Aunque en ellas notamos su fenomenismo y en ésta sentimos su trascendencia.

Y esta trascendencia de algo eterno en nuestro fluir psíquico no puede reducirse a relaciones fenoménicas, porque somos el sujeto y objeto a la vez de toda valoración posible. Y aquello que posee atributos de pensamiento y de existencia y a su vez no es atributo de nada cualificable, existe por sí mismo. Esta es la

modalidad como se nos presenta el absoluto en la conciencia pura.

---

## IV

## EL CONOCIMIENTO, UN EXTRAÑO POLIGONO

El conocimiento humano podríamos compararlo a un inmenso polígono inscrito en una circunferencia, si bien todos los vértices son puntos de la misma, identificados por lo tanto con ella; existe siempre un espacio entre una y otra figura geométrica.

El Universo no se deja aprehender en forma total por la razón, sino que se logra un conocimiento casi perfecto, cuando por un esfuerzo de intuición, o de éxtasis, o de profunda meditación contemplativa, se alcanza el contacto entre nuestra inquietud viva y el ser del objeto a investigar.

Y esta íntima relación, como en las figuras que comparamos, no puede ser nunca más que un punto. Por su propia naturaleza, casi inasible. Sin otros amarres que lo localicen, sin referencia alguna más allá de la búsqueda, limitada a la experiencia personal y en sólo un instante. Es así como la filosofía encierra infinitas posibilidades.

En su ámbito del hombre, existe como luz incandescente.

Como el fulgor vivo de un fuego aprisionado, reflejando su brillo desde las innúmeras facetas de su extraño diamante.

Su signo, es intentar alcanzar la plenitud de la forma esférica, sin vacío, pero sin lograrlo nunca.

Una creación contínua a través de los tiempos, va quebrando las antiguas visiones por otras nuevas, pero sin jamás identificarse con lo absoluto. Facetas y vértices, y un mismo problema desdoblándose.

Así es como nace, desde lo más profundo del pensamiento del hombre, esa angustia dolorosa y eterna, al hundir su red silenciosa en el abismo sideral y sólo recoger un silencio aterrador de mar y cielo. Y queda una nube pálida rodeando la esfera luminosa, como si fuera el polígono el que estuviera circunscrito a la circunferencia y sus lados fueran tangentes a la misma.

Una aureola de plenitud, nos retorna hacia la esperanza, porque hemos estado bebiendo las aguas del Ser.

Pero no es más que alucinación, hemos hecho que el polígono saltase hacia afuera de la circunferencia, y así creemos dominarla.

No es posible el engaño, no nos es permitido desbrozar el misterio. Sólo nos queda el canto, y observar como la luz se va extinguiendo al terminar la tarde, quedando adormecida, entre el cristal de una gota de agua, que logra aprisionarla en la mano generosa de una hoja...

Luego vemos como la luz y la gota desaparecen; sólo queda la hoja, aún de un verde oscuro, humedecida en llanto.

Y seguimos pensando, en los apotemas, en círculos y espacios.

---

## Capítulo V

# AL MARGEN DEL YO Y EL NO YO

En la investigación de las estructuras, si así es posible la referencia, del ser en su totalidad integral; nos encontramos que muy poco se puede avanzar desde el ángulo de las cosas situadas en el mundo. Y en la búsqueda directa de esas estructuras trascendentes del ser dentro de su propia esfera subjetiva, descubrimos que también muy poco es permitido a los modos de conocer que intentan su aprehensión.

Porque concierne al sujeto, previamente, el conducirse esencialmente con tendencias motrices que nacen de su naturaleza, y este apriorismo, único comprensible para encauzar la investigación, ya fenoménica del mundo exterior, ya fenomenológica del mundo subjetivo; tropieza con su misma significación aclaratoria al proyectarse en algún modo en lo que no constituye su propia esencia estructural.

Y este idealismo formal inicial, cae por lo tanto en la necesidad auténtica de una expresión real fuera de sí mismo, aunque sólo fuera como negación o inhibición permanente.

El estado previo a la comprensión del Ser por sí mismo, aún ajeno a su motivo y destino, es una

propiedad del Yo que se conduce sobre Sí mismo, sin entender más que la presencia viva de su conocimiento de algo que puede ser.

La observación fenoménica, por el contrario, de las estructuras del Ser de nuestro Yo, se desenvuelve teniendo en cuenta, ante cambios inevitables y permanentes, la unidad, que los condiciona. Esta unidad es el hallazgo en el mundo fenoménico del estudio del Yo que se ha proyectado sobre las cosas al convertirse en acciones. Y esta entrega de casi un abandono inconciente y extraño, que experimenta el análisis fenomenológico integral, al bucear sobre los ríos interiores y las estructuras subjetivas, nos conduce a la presencia de algo muy distinto.

Si la verificación del ser de la conciencia es simplemente comprensible y podemos afirmar que "soy yo" como respuesta a "quién es"; nos guarda de problematizar, al menos en la esfera de lo cotidiano y contingente. Pero esto no nos faculta para inducir fuera de nosotros mismos ninguna afirmación, tal como se plantearon con absoluta credulidad los racionalistas e intelectualistas. Menos aún, la certeza de un mundo fenoménico, en el que se desarrolla este nuestro sujeto, nos permite definir los actos del espíritu, por los caminos de las sensaciones y perceptos; puesto que resulta dudoso, el contenido fenoménico en la constitución óntica del propio ser. Y no puede estar resuelto, aquello que apenas logra ser planteado.

También la aprehensión de los otros seres, pasibles de visión directa ante nosotros y de contacto sensorial y de penetración eidética evidente; es comprensible sin mayor análisis.

Pero no por ello nos es dado un conocimiento profundo de sus posibilidades existenciarias, y de sus moldes categoriales; cuyo contenido en experiencias espera aún ser presentado como proposiciones claras y nítidas, determinadas por una legítima investigación metafísica.

El conocimiento que nuestro Yo posee de sí mismo, es en una primer etapa del análisis metafísico, incompleto; porque sólo apreciamos la distinción entre algo que nos acompaña siempre y todo lo demás que incluímos en el concepto del No Yo.

Este último conocimiento es por lo tanto esencial para distinguir el Yo auténtico de lo que no lo es más que en apariencia. Y nos encontramos que la separación de ambos campos no es tan fácil como la simple distinción dualista de dos mundos diferentes. Los contactos son múltiples, las penetraciones mútuas permanentes, y las esferas de acción de una y otra característica, tan confusas que aparecen problemas casi insolubles desde el comienzo de la investigación.

El contenido verdadero de nuestro Yo, no puede concebirse sin pensar en la existencia de su limitación y de su nada acompañándole continuamente. Abismos tangenciales rodean el círculo de nuestro conocimiento, y si bien es cierto que éste crece y se desarrolla a expensas de lo que no es él; también es cierto que este movimiento del Yo creciendo y viviendo, produce cada vez menos diferenciación entre lo personal y sus medios de estabilización. Hasta penetrar en una zona en donde la conciencia del Yo se pierde y lo automático e inconciente le reemplaza en forma evidente, esta nueva parte de existencia que también nos acompaña y

que realmente somos y no somos ya nada diferenciado, logra abrir la cinta en tensión de la personalidad y el circulo del ser personal se convierte en fuente viva de lo impersonal o No Yo.

Ahora bien, en este nuevo plano existencial en que desemboca el Yo al intentar manifestarse, comprobamos que la Nada, materia sin conciencia, o no posee ser y no es, o lo posee sin objeto para sí mismo, y por lo tanto necesita de un motivo que lo trascienda y le de validez. Volvemos a emprender el camino opuesto, vamos de lo mecánico y automático hacia lo complejo y conciente, pasamos de nuevo por los límites del ser y del no ser sin darnos cuenta del momento preciso, aparece la conciencia sin vestigios del no ser, sólo nos queda una determinación insuficiente pero real.

Y quedamos completamente trastornados y la investigación de los límites y posibilidades del Yo empujando al No Yo hacia la nada, no demuestra en absoluto más que la insuficiencia de la razón para penetrar más allá de sus escasos métodos de conocimiento.

Nuestro Yo necesita del No Yo que le circunda y le ahoga para poder ser. Y el No Yo que es también el No Ser al universalizar su contenido ontológico, necesita del Yo para poder pensarse.

Y podemos distinguir, pero no podemos pensar ambos mundos separadamente. Y si uno, el Yo, nos traslada a el Ser y el otro el No Yo nos empuja hacia el No Ser; sentimos que estamos en presencia mínima de lo que en el Universo sucede.

El hombre y su Yo personal frente a su No Yo de lo que no es; parece ser un instante del Ser Abso-

luto frente al No Ser que debe posibilitar su existencia por la Nada.

Y un problema difícil se plantea en lo más profundo de los modos de la conciencia humana. ¿Será esta Conciencia del Yo la única que posee el Ser Absoluto? o ¿Existirá una Conciencia plena y Universal que trasciende la infinita pequeñez humana? De cualquier modo que se encare el problema es fácil comprender que si bien para cada hombre puede terminar su participación en el Ser con apagamiento de su Conciencia en la Nada; es evidente que otra Conciencia Absoluta y Necesaria por sí misma trasciende a cada hombre. ¿Son todos los hombres? ¿Todos los seres vivos con Conciencia? ¿Es la Vida más allá de nuestro entendimiento? ¿Hay fuerzas inevitables que rigen los actos y los seres? Siempre llegamos en la dialéctica ascendente a la Necesidad del Ser Absoluto que percibimos en la Libertad de nuestro Ser Contingente.

---

## II

## LO INCONDICIONADO Y LA DIALECTICA KANTIANA

En su introducción a la Dialéctica Trascendental de la "Crítica de la Razón Pura", nos dice Kant que: "El principio propio de la razón en su empleo lógico, consiste en encontrar, para todo conocimiento condicionado del entendimiento, lo incondicionado por medio del cual puede completarse la unidad de este cono-

cimiento. Sin embargo, esta máxima lógica no puede convertirse en principio de la razón pura, a menos de admitir que siempre que se da una condición, se da igualmente (es decir, se halla contenida en el objeto y en su conexión) la serie entera de condiciones subordinadas entre sí, serie que, por consiguiente, es incondicionada. Tal principio de la razón pura es evidentemente sintético, pues, analíticamente, lo condicionado se refiere a una condición, pero no a lo incondicionado". "El tema de la dialéctica trascendental consiste en descubrir la corrección o incorrección del principio según el cual la serie de condiciones se extiende hasta lo incondicionado, y las consecuencias que resultan del empleo empírico del entendimiento; en encontrar, si debido a alguna mala interpretación, se ha tomado una pura tendencia de la razón por un principio trascendental de la razón pura, postulando, sin reflexión suficiente una realización absoluta de la serie de condiciones en los objetos mismos". Las meditaciones del ilustre filósofo de Koenisberg, sobre este tema, ocupan casi la mitad de la "Crítica de la Razón Pura".

Es interesante la simple constatación de que, la estética y la lógica analítica, o sea la parte científica de la crítica kantiana, no colma la inquietud de su autor frente a los problemas de la razón; y el modo como se enfrenta a lo verdaderamente trascendente en sus célebres estudios de la Dialéctica, sobre los paralogismos del alma, las antimonias del mundo y las pretendidas pruebas sobre la existencia de Dios. Kant concluye afirmando la imposibilidad de "pasar del concepto de esencia" al de "existencia", dentro de los

caúces racionales. Que es por lo tanto incognocible lo absoluto como un proceso objetivo de conocimiento; pero algo debe haber quedado en la angustia para descifrar lo indescifrable y recrear los problemas, cuando el mismo filósofo escribe su "Crítica de la Razón Práctica" y encuentra fundamento moral a sus conceptos del Alma, el Mundo y Dios; algo debe haber permanecido en su mente lúcida, cuando ya en la Introducción a que nos referimos nos presentaba la "posibilidad" de alguna forma de conocimiento de "las cosas en Sí", más allá de todo intento racional; cuando nos dice: "a menos de admitir que siempre que se da una condición"... "se da igualmente la serie entera de condiciones subordinadas entre sí"; lo infinito encierra y abarca al mismo tiempo la serie de las condiciones incondicionadas; las cosas finitas en cambio presentan series completas en sí mismas, pero naturalmente sólo relativas, sin la presencia en algún modo de lo incondicionado infinito, estas relaciones sólo nos dan apariencias de realidad, mundo de fenómenos pero nunca la realidad misma. Este moverse de nuestra razón entre fenómenos que tan profundamente analizó Kant, como posibilidad de toda ciencia humana, es una verdad evidente y probada por la propia experiencia de los hombres y sus descubrimientos por analogías y abstracciones de leyes y de inducciones científicas. Pero no agregamos un ápice al profundo conocimiento, no el relativo, sino el real, el verdadero; sino penetramos en el mundo de lo infinito, y avanzamos hasta donde el carbón racional permita su combustión. Allí es donde nos encontramos con el último esfuerzo dialéctico kantiano recogiéndose sobre sí mismo, ante la impo-

tencia de la razón por dar un paso más entre el mundo del misterio y de lo absoluto.

Encuentra Kant, que sólo el principio lógico de contradicción, permanece, salvando a la razón de su último naufragio. Y descubre sus antimonias y sus imposibilidades de pasar de lo conceptual a lo real.

Y retorna la razón sobre sí misma admitiendo sólo su forma de Entendimiento. El mundo de las categorías y de los juicios resplandece entregando al hombre mágicas perspectivas de progreso entre la cortina y la bruma sólo aparente de los fenómenos. Pero más allá, en la esfera trascendente, ¡cuidado! no es posible afirmar nada de nada y el hombre deberá seguir con su ignorancia, claro que ahora en forma conciente. Lo incondicionado perturba el último reducto de la razón. ¿Cómo es posible que sea necesario el infinito para explicar lo finito? ¿Lo Absoluto para sostener a lo transitorio? No, dice Kant, en su Dialéctica, sólo es una ilusión trascendental y por lo tanto una falacia que está comprendida entre los errores lógicos. Queda proscripto lo Trascendental en el mundo de la razón humana. No se puede conocer, es lo mismo que no existiera.

Pero la propia razón no queda conforme, confiesa su incapacidad, se destruye a sí misma y se arremolina contra lo fatal. No es para el hombre esa resignación estoica de aceptar la ignorancia y quedar inmóviles como piedras, o apenas tristes como los árboles. El hombre lucha continuamente dentro de sí, su razón no logra convencerlo, a pesar de los perfectos razonamientos de la razón kantiana. Pero es que cuando esta razón no tiene más que decir: No, No es posible conocer.

El Absoluto es ajeno a la órbita humana; aún queda palpitante en tibia agonía la sangre que inunda el espíritu y lo sacude con violencia. Es que lo irracional protesta, y el individuo también gime en su íntimo foro ante la rebeldía de su no querer desaparecer del todo. Y el problema religioso, —es lo menos que se puede decir—, trasciende nuestra razón, como las cosas en sí kantianas, y las series enteras de condiciones no explicadas, y rodea con su hueca esfera la última perspectiva del hombre, y cubre su aliento y sus deseos insatisfechos de eternidad. El problema religioso permanece en pie, — más allá de la aceptación racional de la Dialéctica de Kant—; la evidencia de que otras fuerzas del hombre, no solamente la Moral, viven y buscan manifestarse por sí mismas, nos ensancha el plano de conocimiento, conduciéndonos profundamente entre lo fenoménico, dejando atrás, hundiéndonos aún en la plenitud de las esencias, y mostrándonos, sin argumentos racionales, pero con la conservación de conceptos y de principios que trasunta de algún modo en nosotros o en nuestra avidez de conocimiento; la presencia de lo Incondicionado, como única explicación posible de las series de conexiones entre los distintos aspectos por los cuales el hombre lleva en su interior de algún modo, la presencia del Absoluto, la Visión del Infinito, la creencia de lo Eterno; y es también quizá sólo una gracia de la Providencia, como si fuera la auténtica Percepción, única e inexpresable de alguna forma de experiencia integral de lo Trascendente en nuestra, —al mismo tiempo—, fugaz eternidad.

---

## III

## SOBRE LAS DIRECTIVAS ANALITICAS DE KANT

Las imágenes que en su multiplicidad incesante renuevan el contenido vivo de la conciencia, pueden referirse a objetos cuya naturaleza sea diversa y hasta opuesta, sin dejar por eso de presentarse en la formación de los fenómenos psíquicos como procesos unitarios, aunque en cambio casi contínuo.

Y esta relación entre nuestras imágenes, que ya en algún modo forman parte del material permanente, a pesar de su renovación, con los objetos exteriores o interiores a nuestra atención; es múltiple y contínua, series de conceptos y de prenociones invaden la esfera interpretativa dando su ritmo de comprensión.

Así es posible considerar que los móviles que nos conducen a la aprehensión de los objetos en forma conceptual, no se limitan al conocimiento teórico y formal, sino que también penetran en la órbita de la valoración ética y se impregnan de sentimientos, emociones y planos estéticos en movimiento.

La actividad espiritual de nuestra alma adquiere una existencia viva y fluída, penetrando profundamente en la búsqueda objetiva de conocimientos por esferas coloreadas en aguas distintas a lo puramente intelectual, y que poseen la propiedad de fijarse y adherirse a las imágenes y a los conceptos, entregándonos una riqueza cognocitiva y plena, que escapa a toda clasificación y comprensión analítica de carácter científico.

Los ensayos de Kant en este terreno de las posibilidades del conocimiento humano, le condujeron a pensar que sólo lo fenoménico determinado por la capacidad del entendimiento para su interpretación, es susceptible de ser conocido, y que el trasfondo que aparece y se vislumbra en forma inmediata más allá de toda representación en imágenes y conceptos, no podrá jamás ser conocido por el hombre, puesto que las cosas en sí deben transformarse en representaciones fenoménicas para su logro conciente por el espíritu del hombre.

Sin embargo, es evidente que esta posición "radical" frente al problema del conocimiento, no dejó muy conforme al mismo Kant.

Es cierto que sólo conocemos fenómenos, pero no es posible la aprehensión de todos ellos por el intelecto y sus ordenaciones categoriales, por lo menos existen otras esferas como la moralidad, lo religioso y lo estético, que escapan a su aprehensión exclusivamente racional, y que aún en caso de poder ser regido el conocimiento de estos planos por sólo sus manifestaciones fenoménicas, algo nos dice que el resultado es frío, forzado, imposible de entregarnos una visión auténtica de como son en realidad los objetos cuyas sombras apenas recogemos en forma racional.

El mismo Kant, cuya excepcional capacidad crítica no ha sido superada, nos presenta sus dos Críticas complementarias de la Razón Pura, una para decirnos que la moralidad y lo religioso pueden conducirnos directamente a la aspiración del conocimiento de sus objetos esenciales, a pesar de la incapacidad racional para moverse en lo que no sea fenoménico. Y

en la otra "La Crítica del Juicio", nos revela el tercer plano fundamental para el hombre, el mundo de los valores estéticos y artísticos, claro que intenta todavía una última clasificación formal, con esfuerzos racionales de interpretación y enfoca el problema sólo en su origen fenoménico, trasplantándolo al plano de la "sensibilidad" análogo al de la "Estética Trascendental" primera parte de su Crítica de la Razón Pura, y por consiguiente intentando demostrar que ese mundo estético, que escapa a su razón, sólo vive en un plano muy inferior, el mundo de lo sensible.

¿Es posible todavía aceptar las directivas kantianas a este respecto? Aún aceptando su discriminación analítica, es necesario pensar en reconstruir sintéticamente esos mundos ajenos a la razón o que la trascienden indiscutiblemente.

---

Capítulo VI

## UNIDAD TRASCENDENTE EN EL ARTE

La objeción de que lo artístico escapa a la reflexión científica o filosófica por su modo peculiar de revelarse, es incompleta; porque si existe la posibilidad de un fin en toda manifestación artística, aunque ella sea a veces inconsciente para el autor, y esta finalidad se eleve hacia la realización de los contenidos y vivencias más altos del espíritu humano y de la naturaleza; aún en sus formas más caprichosas y originales, hay una armonía necesaria para que exista unidad y real valor en la aprehensión intuitiva. Y es posible la afirmación de que todo arte se orienta por ideas o sensibilidad, que poseen en su conjunto, una rigurosa determinación formal o expresiva.

Las formas son auténticas cuando expresan adecuadamente el fin propuesto o el instante captado intuitivamente.

Y es en este sentido que podemos valorar la sinceridad en una obra de arte, si es capaz de darse o crearse leyes que sean identificables con el contenido y el fondo permanente de las representaciones, más allá de toda fantasía, por fuerte y libre que se presente. Encontraremos una asombrosa identificación con algu-

na raíz viva, origen de la producción y que se acerca en forma vertiginosa hacia coincidir con lo verdadero.

Y es entonces lo artístico la única manifestación exacta y por lo tanto científica de la realidad. Aunque ello pueda interpretarse como una paradoja.

Las imágenes que se suceden en la fantasía, buscan en un momento dado un mismo cauce para su nacimiento y perfección, es como si un viento universal soplase de pronto las brisas que acariciaban los árboles del mundo interior. Y si era posible el juego inicial como un volar de pájaros de una copa a otra, casi al azar; en cambio fuerzas ocultas obligan a la emigración y al vuelo en bandadas.

Confiando en su absoluta libertad de expresión, el espíritu penetra en la órbita de lo necesario y se dirige hacia las leyes eternas.

Si es cierto que las creaciones artísticas tienden a quebrar toda sujeción a reglas y normas para poder vivir plenamente; es admitible que esa misma libertad indispensable para crear, se ahonda en los planos más profundos que rozan la esfera del conocimiento del hombre.

Y el análisis reflexivo destruye evidentemente del arte lo más auténtico que posee; su forma de expresión.

Pero como todo análisis, aún el que se enfrenta con el arte puro, al deshacer el conjunto, reduce a unos pocos elementos indispensables el origen de la obra. Y ésta al perder las conexiones formales, que escapan a las destrucciones analíticas, queda fría, inmóvil y sin motivo. Entonces el científico corriente considera que

en lo artístico sólo existe un juego sin mayor fundamento.

Pero el hombre de ciencia que sepa la validez de todo análisis sólo como primer etapa en la investigación, y reconstruya en forma sintética los elementos dispersos, sin olvidar sus relaciones íntimas, va a encontrar un objeto muy distinto al del análisis.

La obra adquiere estimación, motivos históricos, culturales, sociológicos, científicos y humanos se presentan exigiendo una ubicación en la arquitectónica de la síntesis nueva.

Pero lo asombroso es que todos aquellos motivos que presenta la síntesis para reconstruir lo artístico, después de los análisis elementales, no encierran una valoración exacta del modelo; sino que se presentan como meras descripciones o reproducciones más o menos muertas, frente a la auténtica obra de arte original.

¿Qué se ha perdido en las reflexiones y estudios que no puede revivirse? Nada menos que lo más puro de todo arte: la forma de expresarse cada artista, con un fondo único en cada creación.

Y es evidente, que esa captación instantánea del artista, es una visión de lo eterno y lo permanente en su modo de ser y de pensar, de sentir y de crear.

También se puede apreciar, aislando los contenidos puros, que estamos en presencia en todo arte auténtico, de una lógica universal de principios inmutables, y una misma capacidad para captar lo bello que circunda los abismos del absoluto y le da fundamento existencial; a pesar de los procesos metafísicos propios de cada época, y etapas en el desarrollo de las culturas.

---

TERCERA PARTE

# PERCEPCION DEL ABSOLUTO

---

*a Selva*

CAPÍTULO VII

# PERCEPCION PURA

## HALLAZGO Y AGONIA

1 — Si al fundirse íntimamente la más amplia generalidad, con su caudal de abstracciones y extensión definida, con la más clara particularidad rodeada de sus ámbitos y contornos de relaciones individuales y relativas; encontramos la aparición de un acto o de un hecho, sea cualquiera su forma y dimensión, permanencia y fugacidad, importancia o cotidianidad; podemos afirmar que estamos en presencia de una experiencia real.

Porque la condición primaria, en nuestra conciencia personal, como estímulo para iniciar algún conocimiento, o sea relacionar de algún modo esta conciencia con otros aspectos relativos o trascendentes de la realidad; parece reducirse en un primer plano, a una cualidad capaz de introducirse en lo que sólo se presenta espontáneamente como simples cantidades o magnitudes.

Hay una incidencia entre lo señalado por la conciencia personal y lo aclarado por los sentidos que nos dan cualidades.

Y este ir y venir de sensaciones y de reflexiones sobre el mundo empírico y fenoménico, nos conduce a pensar que algo escapa a la reducción analítica y categorial de nuestro entendimiento racional, porque no todos sus aspectos tienden a la ordenación y comprensión de ese material que nos presenta la experiencia y que trabajamos con analogías. Es claro que también iniciamos de inmediato una comprensión valorativa de las experiencias.

Y esta actitud mental nos traslada casi de improviso a un mundo interior formado casi exclusivamente por imágenes y conceptos.

La referencia a la esfera cualificada de lo empírico espontáneo u ordenado por nuestras percepciones, no alcanza a completar el cuadro de la realidad psíquica, y es entonces cuando, al menos, aceptamos las formalidades lógicas y objetivas para una más auténtica interpretación de los sucesos y procesos en la conciencia.

El lenguaje alterna entre dos realidades, el motivo ideológico que lo fundamenta y la referencia sensible que le da su claridad conceptual. Pero en esta alternancia de dirección, hacia la generalización o hacia lo particular, puede también caer en la falta de precisión o de importancia, deteniéndose ya en lo demasiado contingente, montones de hechos sin otro valor que su recopilación o unas pocas abstracciones sin contenido y sólo formales. Pero esta función permanente de los vocablos en su uso legítimo, nos transporta a la existencia de posibles experiencias individuales que remontan el hilo conductor de las generalizaciones más allá de toda interpretación objetiva o sensorial.

Si nos ocupamos del plano de las selecciones entre los diferentes matices que se presentan a la experiencia interna y conciente, nos vamos acercando con sumo cuidado a la órbita de aquello que pudiera ser de otra naturaleza que lo simplemente sensorial; y es posible que en algún punto exista contacto entre los distintos planos esenciales del universo. Sólo restaría poder captar el momento preciso en que en nuestra conciencia personal, en su círculo individual, ya despojada de todo artificio del lenguaje, sin lastres de fenómenos exteriores, ajena a los procesos en formación de imágenes y de abstracciones; en la esfera de lo puro y quizá aún semi conciente, con esa latencia de pulso vivo para la comprensión de las conexiones que pueden exigirse todavía. Es como el resplandor de un astro eterno.

Nos encontramos de pronto en una nueva comprensión, pero esta vez de orden trascendente; no es posible su aislamiento por medio del esfuerzo analítico de las disciplinas lógicas y categoriales de nuestro ser, tampoco puede ser reducido a cualidades ni a magnitudes. Es una experiencia que nos revela la existencia de un sentido del absoluto, en síntesis y vaguedad imposible de clarificar racionalmente, puesto que desaparecería todo vestigio auténtico.

Sin embargo tenemos la convicción, de una realidad universal y plena que en alguna forma se hace presente a la conciencia asombrada, que ésta no puede aprehender, ni cualificar, quizá ni siquiera pensar; pero si pertenece al plano de la percepción, porque tenemos de ella la noción completa, única, suficiente en comprensión y experiencia.

Es una percepción y una experiencia sin duda muy singular, tal vez imposible de trasmitir en lenguaje humano, pero que permanece siempre en el trasfondo del espíritu y que podemos acercarnos en éxtasis.

2 — Es evidente que por la filosofía especulativa, no puede alcanzarse más que el camino hacia la verdad, pero no coincidir con ella misma.

Parece estar reservado a formas de aprehensión directas lo eterno que acompaña impasible la fugacidad de los acontecimientos.

La razón humana discrimina entre lo verdadero y lo falso, orienta desde sus enfoques lógicos, el método apropiado para elucidar entre las tinieblas del conocimiento; pero no puede lograr la realidad que escapa desbordando sus estrechos focos luminosos.

Como si las fuentes perennes de la vida y de la muerte fuesen de tal naturaleza, que petrificasen, como en la leyenda de la esfinge, a aquel que osase penetrar en sus misterios.

El espíritu individual que identifica al hombre en el conjunto de los seres y las cosas; es unitario en medio de la pluralidad de sus aspectos; continuo, entre la aparente fragmentación de sus funciones; y sufre una permanente transformación, sin dejar de ser el mismo; como si algo ajeno a su propia identidad le permitiese mantenerse en su esencia trascendente, a pesar de la elasticidad y la renovación de los estímulos sensoriales y perceptivos.

Hay una profunda percepción; más allá de la razón y de toda intuición intelectual, que nos da el conocimiento de la conciencia pura. Es una comprensión de última realidad, que aparece continuamente en el fondo de toda meditación desinteresada.

Como si existiese una iluminación que sólo puede provenir de fuerzas ajenas al pensamiento humano, de orden distinto a toda forma de experiencia o de razón; más allá de la capacidad del lenguaje para su descripción y de la imaginación para construir y combinar.

Es un estado análogo al de una visión aterradora y que con rapidez nos sumerge en un mundo desconocido, en donde el pánico inicial desaparece para dar lugar a una especie de éxtasis y de asombro, acompañado de infinita alegría y una paz de amor impersonal.

Es posible que en esa percepción, porque trasunta una realidad experimentada en alguna forma desconocida en lo más hondo del ser; se penetre, en algún aspecto del universo y del absoluto.

El hombre perece y sabe de su fin individual, se aferra desesperadamente a la permanencia de su vida personal tras la muerte.

Imagina todas las formas de subsistir sin perder su individualidad; pero tras el dolor inevitable de un desgarrador sentido que nos enseña la inutilidad de todo esfuerzo sobrehumano; aparece siempre en lo más profundo de nuestro mundo interior, esa visión del ser absoluto que nos acompaña y nos libra de la pesada carga de preocupaciones, obstáculos, egoísmos y condiciones que intentamos exponer como necesaria aceptación de otra existencia.

Al entender, no por razón, ni por intuición, ni por meditación, y aún menos por ejercicio espiritual; que dentro nuestro hay testimonio de la existencia absoluta, y que una identidad plena nos enlaza con aquella potencia, que nos agobia y empequeñece en nuestro círcu-

lo personal con lastre de imperfecciones arraigadas; somos entonces para siempre libres de nosotros mismos. Y nos asombramos de desear esta extraña liberación.

Y una hiriente agonía nace en lo más recóndito del límite del conocimiento puro; entre el ser individual que busca el saber y no puede descubrirlo, sin perder su personalidad, en la identidad con el ser absoluto. Y entre este principio universal e impersonal que aparece cuando se ilumina totalmente la conciencia ante esa visión. Es una percepción pura.

El místico no tiene un instante de duda y aspira a dejar de ser, para ser de veras, ya agua entre las aguas de lo eterno.

El hombre, sin embargo, retrocede en un primer momento como espantado ante el conocimiento de su naturaleza esencial. En nuestra experiencia integral, disipando las sombras, entramos en esa línea en sangre de la agonía; siendo al mismo tiempo individuos y participando del absoluto. El ser y las cosas nos miran sin comprender.

3 — Esa línea en tensión máxima de la agonía, intenta quebrarse continuamente, pero su forma curva le impide la presión fatal. Como si el espíritu del hombre intentase su liberación en ese otro mundo que lo circunda estrechamente: El Absoluto universal.

Sabiendo por misticismo o visión directa en éxtasis, la presencia de la fuente viva de su ser espiritual; que al perderse en ese océano de luz, se extingue para siempre como individuo, en medio de coros celestiales y de música trascendente, idioma de lo divino.

Y el Ser Unico reintegra a sí mismo las burbujas de aire, perdidas un día, para vivificar las cosas materiales o negaciones. Pero lo asombroso es que al mismo tiempo que existe una tensión suprema del alma para retornar al cielo perdido; existe una comprensión de su destino y de su posición entre los seres.

Y el hombre de espíritu, como persona, no desea la muerte total de sí mismo; y sabe que el cuerpo, al deshacer su ser y retornar a la materia que le constituye en sus elementos físicos y químicos, más allá de su función biológica, se desintegra en forma total.

¿Qué queda del hombre, si su alma retorna al absoluto y su cuerpo a la materia?

Entonces comienza la actitud agónica de visión aterradora y de angustias nutrida. El hombre es esencialmente esa agonía, renovada en fuerzas vivas.

Porque mientras su cuerpo era movido por su alma y formaba una unidad, es indudable que la lucha entre materia y espíritu le atormentaba.

Y en ese momento, del nacimiento humano hasta la muerte, el hombre es lucha dentro de sí mismo. Como si quisiera enlazar esencias opuestas.

Y si el Hombre es fundamentalmente en su unidad integral, alma y cuerpo, en lucha que logra una plena identificación; es a la vez rostro y conciencia, manos y sensaciones, ideas e imágenes. Amor y éxtasis.

Pero su destino únicamente como ser social no le convence, y su destino como ser individual tampoco. Porque es social e individuo, también en lucha permanente, simpatía y egoísmo, inclinan al triunfo de la esfera social de su vida; pero mediocridad y espíritu,

inclinan hacia la vida personal. Y el equilibrio, que parece ser el centro de su unidad como hombre verdadero, es también lucha entre fuerzas opuestas.

Y por el camino social, el ser un poco más grande que el hombre, llega al absoluto, el ser de verdad que orienta toda existencia de las especies.

Y por el sendero árduo de lo subjetivo, también está el ser de verdad, como única fuente de luz en la conciencia plena, sin prejuicios.

Y esta percepción del absoluto, más allá de lo aparente y transitorio. Es legítima y completamente ine ludible. La lucha y el conocimiento, nos acercan al motivo trascendente de las cosas y de los seres.

Y en nuestra agonía personal, pues es el modo como se nos presenta con mayor intensidad la presencia del absoluto; volvemos a sufrir en anhelo de paz eterna y a gozar en la liberación del alma.

Y nuestra conciencia humana permanece en tensión, como un tallo entre dos vientos, que al rodearle amenazan destruirle., Uno de ellos es el ser real que en su multiplicación de formas nos envuelve, desde el lado del cuerpo, y de las cosas del universo; el otro viento es más sutil y penetrante, es percibido como el Absoluto en sí mismo, unitario, espiritual y del cual no es posible adjetivar nada.

Entonces nos inclinamos respetuosamente hacia el Eterno en nuestra comprensión, y ya no le rogamos por el bien, ni le ofrecemos sacrificios. Sino que percibimos que nuestro tallo hunde sus raíces en lo material, quietud de la nada; y que ascendemos por nosotros mismos hacia su flor en el cielo, que nos enseña

la cercanía de su cierre, para labrar en un silencio único, el fruto de la sabiduría en el árbol de la existencia.

Y desde sus pétalos desciende un halo de luz que nos acaricia, y un aliento de su perfume que nos adormece, cubriéndonos con el sueño vivo de su poesía.

Para indicar al hombre el camino que conduce donde las aguas se vierten, desde el monte de la fuente plena, a los eternos abismos.

---

Capítulo VIII

# LAS TORRES DEL TIEMPO

## 1 — DESPIERTA TU, SI ME COMPRENDES

Yo he cruzado por sobre la simiente de la tierra y he recogido sus frutos; también he danzado sobre mis pies entre los fértiles valles, y corrido con los ganados y los pastores. Más sin ser uno de ellos.

Amontonado espigas y granos bajo el sol caliente.

Después levanté el vuelo en una bandada de pájaros silvestres, crecieron mis alas sobre los espacios y sentí el vértigo de las alturas.

Respiré el aire puro sobre las montañas y supe de los arcos iris en el nacimiento del mundo.

Despierta tú, si me comprendes.

Cuando escuché por primera vez el murmullo de una cascada que penetraba en las profundidades, detuve el paso y miré en las aguas.

Mi asombro fué inmenso al ver como otro hombre me contemplaba desde los abismos.

Mi frente empezó a arder y fué necesario el descanso.

Y quedé inmóvil en una transformación milenaria.

Pero nacieron de mí muchos y fuí también uno de ellos.

Y sentí luego la atracción sublime hacia el otro sexo, y pasé largas jornadas en su búsqueda.

A veces sentía olores tibios y ardía en ellos; a veces era mi ser interior el que sufría.

Comencé a soñar de improviso y me convertí en imagen.

Y se sucedieron unas a otras las ideas y retornaron al fin a un mismo cauce.

Y un nuevo resplandor vino a enseñarme el sendero hacia la luz real. Y entré por él y fué difícil la empresa. Pero logré renacer otra vez entre las cosas.

Ahora soy un hombre entre los demás hombres.

Pero hay dentro de mí algo que sabe de esencias anteriores.

Y cuando llegan los crepúsculos vibra en mi interior el último halo luminoso de las tardes, como aquel ocaso en que me fué dado contemplar el último día del mundo.

Y es entonces cuando el ser absoluto escapa hacia las alturas tras la huella del rayo del sol; es real mi agonía, es solitaria y árida como los desiertos de arena.

Es posible que al lograr la naturaleza del hombre, se pierda para siempre la vida eterna que regía nuestro destino, en la conciencia de la mente universal.

Y el hombre crea infinitos paraísos celestiales y se conforma a ellos, acomodando el vértice de su desesperación.

Pero en el fondo sabe de su plenitud.

Y esta misma potencia le hiende en lo más profundo una desconformidad suprema.

¿Será posible escapar hacia la nada?

El Ser absoluto nos abandona, ¿dónde iremos? estoy solo.

Yo he sufrido con todas las angustias de los seres con conciencia; he estado impasible con todas las cosas sin ella.

He penetrado en el saber de los abismos y de las cumbres.

Pero hay una identidad entre mi ser individual y el Ser único de lo eterno. Siento que en la nada se encuentran para siempre sus antiguos desvelos.

A lo mejor desde el hombre se separan para no verse jamás. Y el Absoluto vuelve al absoluto, y nuestra nada retorna al No Ser. He girado sobre el último círculo concéntrico. La paz sea con nosotros.

Y si en una aurora insospechada renaciéramos otra vez, ya no seríamos más que sombras de la luz, en el No Ser; o quizá fuéramos otra vez luz entre las sombras, en el Ser. Pero de cualquier modo, nuestra plenitud humana nos enseña en su agonía, el límite de lo eterno y de lo individual, el reencuentro del Todo con el Uno. Y ¿para qué ansiar el retorno al Ser? Música y Poesía, descubren el sentido de la vida del Hombre. Todo descansa a mi alrededor.

Despierta tú, si me comprendes.

---

## 2 — LAS TORRES DEL TIEMPO

El hombre prometeico desafía sin miedo, desde su frágil barca, el mar del absoluto.

Cual pescador experto, extiende sus redes al espacio y recoge los astros y los cielos.

Los abismos circundan su horizonte, está expuesto a ser devorado por cualquiera de ellos. Los hay de insondables profundidades, formados de aguas limpias y de conceptos.

Y entre las transparentes aguas de la superficie, cree descubrir tesoros incalculables de eternos paraísos.

Y se extasía entre sus sueños, acariciada su frente por las brisas marinas, tibia su sangre de soles y de iodo.

En la altura, le acompañan curiosas nubes de agua, cuyas formas, surgen del infinito, cual si fueran vestigios de imponentes gigantes, animales y mitos, que vagaran sin rumbo, en su gemido eterno; como si expresaran en extraño lenguaje, su dolor de haber sido desplazados del arca aquella del diluvio.

El hombre es acusado por los antiguos ritos. ¿Por qué hizo abandono de fantasmas y sueños?

Ahora le persiguen surgiendo de las olas, sus oasis malditos.

La sed le abrasa y quema su garganta crujiente.

El mar mira impasible, salobre y sin apuro.

La muerte le circunda y es su sed de infinito, la que hizo que un día emprendiera el viaje desde su puerto íntimo.

Allí el conocimiento, sensorial, multiforme en riquezas, imágenes, colores, arco iris triunfal, sabor y

olor de tierra, y una música suave que quiebra sus pesares en ondas y quimeras.

El conocimiento, ese camino árduo, le instó a que lo siguiera, dejó pronto su manto de sentidos y ya sólo en la idea, penetró lentamente su barca mar afuera.

¿A dónde va el hombre por el mar de la vida?

¿Cuál es el norte que ilumina su rumbo?

A lo lejos las torres infinitas, aparecen y luego se esfuman sin más rastros que su imagen doliente.

Pero el hombre, en medio de la noche, con la voz de los truenos y relámpagos, oye eternas melodías. Y a lo lejos las torres que lo atraen como en extraña cita.

Es necesario ir a conquistar el cielo, los abismos arcanos, el espacio vacío, el fuego de los astros, la ciencia de los ríos.

Los ríos que se vuelcan en ese mar eterno, y cuyas fuentes surgen de mágicas montañas. Más allá de los siglos.

La barca un día vuelve sola hasta la orilla.

Sus maderos deshechos en lucha con las olas. A veces trae restos de la pesca infinita, y se adorna de algas, de flores, y de peces, con extraños colores de ciencias y costumbres.

Otra barca sale un día mar afuera. Las otras que se quedan viviendo mansamente, sin salir de sus puertos, sin oír los silencios y la poesía viva. La observan asombradas sabiendo su regreso; aún triunfante, con los maderos sueltos, quizá clavado a ellos, con los labios sedientos y un gemido que dice con la voz del Maestro; "Señor, ¿por qué me has abandonado?".

Las torres infinitas, son las torres del tiempo.

No es posible el cimiento, se pierden en lo eterno.

Cual altos torreones de piedra, nos observan, en nuestro extraño juego; de vivir, de soñar, de pensar, de morir y no ser más que sueños.

---

## 3 — ASOMBRO HEROICO DEL VACIO INFINITO

Un día, no lejano, llegaremos al borde del camino.

Cruzaremos el puente invisible, sobre el río de la muerte.

Y nada más. ¿Acaso sabemos algo del más allá?

No tenemos la certeza de poder subsistir en tan extraña condición. Descarnados, sin rostro. sin manos.

Con los nervios inmóviles, como cuerdas tendidas sobre la quietud del cuerpo. Y poco a poco la desaparición de nuestra carne y la aproximación de la nada y del misterio de los vacíos eternos.

Y el esqueleto es el último náufrago. La blancura de los huesos, largos de los miembros, curvos del tórax, como si quisieran aprisionar el espacio hueco en donde latiera el corazón y palpitaran los pulmones. Y la calavera con sus órbitas vacías. Y su reciedumbre de piedra, su aspecto de horror y de pobreza.

En esto se convierte nuestro cuerpo, que retorna a la tierra.

Polvo y nada más. ¿Acaso sabemos algo del destino del alma?

Pero no quedamos conformes. La verdad abso-

luta se niega a dejarse aprehender por nuestro anhelo angustioso.

Posiblemente el alma desaparezca al terminar la vida humana.

Pero no es posible convencernos. Y no es temor a la muerte, sino ¡asombro del vacío infinito! del no ser en la nada.

¿Y para qué, entonces, haber sido?

No tiene motivo la existencia. ¡No es posible!

La vida presenta aspectos de plenitud en sí misma.

Pero el hombre no queda conforme con la desaparición absoluta.

Es que hay algo, no sabemos que es, pero existe en lo más íntimo de la conciencia viva; que pugna por liberarse de la materia, que desea la superación y el ideal, aún imposible y heroico.

Y si esa esencia no es una cualidad de la propia materia, puesto que no tendría sentido su oposición y su resistencia: entonces el alma existe como lo inasible, aunque no tenga nada que ver con las dimensiones de tiempo y de espacio, quizá necesidades humanas para comprender el universo material y sensible.

Y es posible, a pesar de nuestras destrucciones racionales, que siga auténtica en su ser y su esencia trascendente.

Y lo más asombroso, es que esta fuerza poderosa y extraña en muchos aspectos a nuestro propio cuerpo es a la vez causa de nuestra persona, en conjunto como cuerpo y alma a la vez, o sea como hombre integral.

Y he aquí la paradoja. Aquello que a la vez es

distinto y es semejante, que no debe morir y que puede morir y que tiene que morir necesariamente.

Morir, extinguirse, como parte de nuestro ser.

Si nos desintegramos en cuerpo y alma.

Y vivir, quizá eternamente, como alma o algo que escapa a la muerte, por no ser de su esencia mortal. Y que es devuelto al Universo.

Y somos nosotros mismos entonces que vencemos a la muerte.

Pero es inevitable nuestra desaparición como ser integral.

Y esa alma, que es nuestra también y que ya no lo es.

¿Qué puede importarnos como hombres? Completamente nada, pues un olvido absoluto la inunda de tinieblas con respecto a nosotros mismos.

Y sin embargo. Nos importa en la forma más completa y trágica.

Puesto que quizá por ella, no nos extinguimos en la nada.

Y aunque no somos ya nosotros, es esencial y la amamos más que al pobre yo material de esta existencia terrena. Es una vuelta a la luz.

Una eternidad vital, más allá de los tiempos. Como amamos nuestros hijos, que ya no somos nosotros y que sabemos que llevan dentro suyo, lo más sagrado de nuestro ser. Así debemos amar el alma que quizá trascienda esta vida, al borde del camino, como el fruto más auténtico de nuestra plenitud y desarrollo de nuestra esencia universal.

---

## 4 — MAGICOS ESPIRITUS ME CIRCUNDAN

El anhelo infinito sólo de amor de calma. Y un halo de luz envuelve el corazón tibio entre rosas, ardiendo en brasas.

Las llamaradas suben reflejando hondamente el abismo.

Un extraño vuelo agita alas mortales, un sabor de infinito invade el alma, en música de sueños, hacia mágicos jardines las profundas palabras sostienen el aliento de la fuente más íntima.

La tarde desmenuza entre sus dedos ágiles una lluvia fina que penetra profundamente en la tierra seca y agrietada.

En los altos árboles hundimos los ojos, queriendo aprisionar las luces y colores fugitivos, que las sombras nos borran sin piedad. Entre la penumbra de una luz escasa van nubes grisáceas lentas por el cielo. Inundan los aires mágicos espíritus.

Como si esperaran la puesta del sol, para errar ya libres por los troncos viejos, toman formas vivas entre matorrales extraños espectros.

Ahora el aguacero nos moja los huesos.

Como si anunciara que debemos irnos antes de la noche, el campo está solo, las casas muy lejos. Los hombres ocultos bajo los techos.

Todos los animales ya se han refugiado y los pájaros nocturnos inician sus gritos como si llamaran a los mismos muertos.

Un temor recorre inconciente el cuerpo. Y apretamos fuertes las manos como defendiéndonos. Pero nadie asiste a nuestro silencio.

La noche ha llegado, coros de fantasmas rodean en círculos cada vez más estrechos. Espíritus graves y duendes me cercan, detengo mis pasos para asegurarme que alucinaciones mi mente afiebran.

Mi pulso agitado, pero fuerte y rítmico, mis ojos profundos observan el aire, árboles y tierra; pero están serenos, valientes y nobles.

No sueño, ni creo sufrir ilusiones, y espero señales de lejanos mundos, cerrando los ojos, sonidos conducen mi espíritu hacia un mar de calma.

Hoy a saludarme llegan a esta aldea, legiones de espíritus, y dicen que acaso los muertos reposan por siempre en la tierra. No ven y no sueñan quienes así piensan. Los espero a todos cuán temibles sean.

Trágica bandada de espantos se acerca y en los altos muros, sobre las cornisas ya se van posando. Ya llego al poblado, quieren detenerme, ¿qué mensaje traen? Del abismo inmenso traen honda huella!

Y reconcentrándome, en el agua viva de mi angustia plena, encuentro señales, resplandor que anuncia ¡raíces de la tierra!

Y llevo mis manos a las sienes, que palpitan intensamente.

He llegado a la puerta de mi casa. La lamparilla eléctrica ríe con sus cien bujías, mi rostro fuera de sí. Como diciéndome, pero hombre!, no es posible que aún creas en supersticiones. Las ventanas de madera y de hierro también se ríen de mí. Pero se abre la puerta y recoge mi dolor con un gesto generoso, como a un enfermo.

No es posible!, pienso cuando estoy de nuevo solo, que todo aquello del camino, no sea cierto. Ten-

dría la prueba, ¡si los muertos viven! que el alma es eterna. ¡Qué escéptico es el hombre! No cree a nadie más que a nuestra pobre razón. Y su fallo es inapelable. ¡Qué poco que somos! No admitimos más que los datos fríos que interpretan los juicios sobre los sentidos materiales, todo lo demás, consideramos que es imaginación, sueño o literatura. Y sin embargo, en ciertos momentos la intensidad de las emociones parece demostrarnos, que la razón no sabe nada, si la cambiamos del cauce de sus ríos. Velozmente giran las aguas hasta el océano, y un mundo mágico convierte el agua dulce en sal y abismo. Y allí sólo la angustia sabe de los peces de las aguas profundas.

Si el absoluto se manifiesta al hombre por medios incomprensibles para la razón, la lógica y la ciencia; no por eso debemos despreciar las ocultas voces, los signos perdidos, el encanto de lo sensible desde el punto de vista estético; porque todas las interpretaciones más profundas en el mundo del arte, coinciden en su aparente irracionalidad, en su creación original; que en el fondo es una captación sublime de realidades trascendentales, plenas de armonía.

---

CAPÍTULO IX

# PROFUNDAMENTE EN MIS ABISMOS

## 1 — DEL DOLOR EN NUESTRO MURO VIVO

Aquel que hubiere descorrido el velo de la existencia; tras las apariencias comunes de los fenómenos; más allá de las imágenes que encierran aspectos sólo parciales de las cosas; conoce, la tragedia del Universo.

Es el dolor la simiente natural que enlaza los seres.

Porque sin el sufrir y el temblar, no es posible penetrar profundamente en el fondo de las cosas.

Como si estuviera formado el camino hacia la verdad trascendente, por trazos ecuménicos de abruptos senderos y rompientes peñascos.

Y cuando nos vamos acercando lentamente hacia el conocimiento, nuestra experiencia recoge caracoles y algas que se adhieren a nuestro muro vivo. Es por eso, que nos vamos sintiendo hermanados en el dolor y la angustia de todos los seres y compenetrados de su lucha perenne. Tú me acompañas en mi amor y mi angustia.

Y al descubrir en el fondo del abismo, ya sin lágrimas, la imagen eterna del absoluto; nos asombra-

mos de poseer un estado análogo a la alegría. Y nos extrañamos de nuestra serenidad y nos acercamos al éxtasis. Contemplamos enseguida a nuestro alrededor y otra vez un halo de tristeza nos envuelve.

Pero con los ojos sedientos de la luz eterna, con los oídos aprisionados aún por sublimes melodías armoniosas; vamos hacia el encuentro de las pequeñas cosas y los motivos diáfanos.

Y sentimos plenamente el dolor del Universo. Tú y yo no estamos solos. Y nos hermanamos con los astros y con las piedras.

Los pájaros rondan nuestras cabezas como buscando sosiego a sus vuelos predestinados; los árboles nos observan desde sus antiguos ritos de gruesas raíces y desde sus copas mágicas de cabellos despeinados. Las flores agonizan y sufrimos sin poder contenernos.

Las altas montañas inmóviles permanecen impasibles al dolor de las criaturas, como si fueran extraños ermitaños solitarios.

Y sentimos el mar en las entrañas, y las moléculas de tierra gimiendo dentro nuestro.

Y el viento nos desvela como un guerrero atento en el combate.

¿Hacia dónde vamos? Quizá alguien lo sabe. Nosotros oteamos el silencio.

Pero sentimos que el dolor purifica todos nuestros pensamientos.

Y entonces podemos sufrir. Y llorar con el llanto de los ocasos.

Ha pasado la noche. Comienza otra vez la aurora, radiante de luz.

Mis ojos persisten en la última estrella y el último pájaro nocturno.

Ya hay bandadas nuevas y triunfales, entre los enjambres rosados y azules de las nubes. Tú estás conmigo, quieta, casi inmóvil, perdida entre tus sueños, una flor deshojas suavemente y me sonríes.

El dolor es fecundo en nuestro muro vivo.

---

## 2 — HACIA UN MAR DE HORIZONTES LIBRES

Un afán de buscar siempre el viento que me lleve al fondo de mi ser, un intento de lograr el encuentro del que busca con lágrimas la luz y el que posee la aurora de hermosa fuente sin dolor; es cosa singular, deliciosamente invisible, que ha movido los impulsos de mi morada, abierto ríos en el cielo del conocimiento y encontrado en el camino, a momentos despierta, ora dormida, el alma con sus límites de noche que resaltan su belleza de amores intangibles.

Oh eterno! Apoderarse de tus huellas en mis abismos. . . .

Queda la arena del desolado desierto, hirviendo y fatigada.

La tenue luz de un crepúsculo naranja apenas dilata las pupilas sedientas de tristeza y de extraña paz.

Pozos muy profundos nos miran con sus espejos huecos, cañas amarillas y reflejos violáceos sobre las aguas quietas.

El verde inunda todos los brazos de la tierra y

a veces se desnuda en trechos grises como si fuera la sombra de sí mismo, entre el vuelo de los astros y el púrpura de los seres vivos.

¿Dónde nos conduces? El hombre ha perdido ya el asombro, acaso lo lleva aún entre sus brazos en forma de niño, cuyos ojos palpitan buscando jugar entre las piedras que se arrojan unos hombres a otros, entre las puertas de las casas inhospitalarias, vive aún la mirada del niño, viva y humilde, profunda y verdadera.

Pero el Hombre busca al solitario que el mismo ha apuñaleado entre los gritos de las ciudades y sus viviendas lúgubres.

Y sale al campo a buscarse a sí mismo, huyendo de los motores y de las muchedumbres de pequeñas ventanas que vomitan odios y egoísmos.

Y entre los mendigos, las hormigas y los árboles, mudos y quietos, pero no ajenos como los hombres entre sí, encuentra, el que busca algún sendero. ¿Hacia dónde? Sabemos que el cielo y el aire puro tienen reflejos del más allá. Pero no sabemos como encontrarnos dentro del sentido oculto y puro del universo.

Ah! las colinas y las montañas; subir en el sentido inverso el curso de los ríos, el vuelo de las aves, el origen de los vientos.

Es posible que aún el Hombre pueda salvarse, es extraño, pero nos llama todavía la más alta cumbre, como a los primitivos profetas; ya volveremos, si aún es posible, después del ayuno y la soledad, a descender al valle y entregar el mensaje a los hombres de las pobres ciudades y los inmensos edificios miserables.

A los pequeños de la plaza pública, que declaman y prometen, y se revuelcan unos contra otros como lobos y perros furiosos.

Oh eterno! cuando pueda no pedirte nada, no sabré de limosnas ni lisonjas; cuando pueda no ofrecerte nada, te daré el pan que me entregastes en tu vivienda hermosa de pobrezas y altas libertades.

Mi llanto conoce la locura del mundo, dadme el valor para volar sobre los abismos con la dignidad del águila.

Dadme la fe para amar a los humanos y entregarles mi dolor y mi alegría, cuando sacian sus instintos con sangre y fuego.

Los hombres sufren por sus propios deseos y ambiciones, haced que puedan sufrir por el Hombre.

Oh aire limpio de las alturas, agua pura y fresca de las profundidades, fuego purificador de las entrañas de la tierra; salvad al hombre de sus propios designios, abridle sus abismos estelares, volcad la savia generosa de lo eterno en sus ojos aún sedientos de bellezas y luces inmortales.

Libertad los espíritus! Proas firmes hacia mares de Verdad, naves de justicia guíen al hombre y lo levanten de estos pantanos de intolerancia, maldad e indiferencia y arrojen al fin el pesado lastre de su materialismo.

¡Oh luz profunda de los astros eternos, ilumina la nave del Hombre, hacia un mar de horizontes libres!

---

## 3 — MUERTE EN LOS PALMARES

La noche nos conduce a los palmares, es tibio el viento, en la arena tendida al horizonte se detiene el umbral de las sombras como escondiendo su mundo de silencios.

Al costado del mar cruzan aves nocturnas levantando ocultos mensajes de los cielos. Gimen, mientras sus grandes alas se apoyan descansando en invisibles planos inclinados.

Los ecos del follaje murmuran cantos de avecillas y de insectos.

Y la luz a lo lejos —ya ausente de los árboles cercanos— nos devuelve antiguas memorias; la luna nos persigue, como queriendo calmar a los dioses de la selva, desciende sus pies de plata entre los troncos y danza cerca nuestro presagiando las víctimas propicias, despavoridos huyen pequeños animales con un terror de abismos y de monstruos.

Nos aguarda la muerte con sus dedos vacíos recogiendo el ocaso —ya sin tiempo— figuras grises de espectros inundan las mágicas visiones de reflejos de infancia.

¿Es la nada que derrama las tinieblas y acerca el horizonte?

Ya los palmares nos cubren con sus amplias siluetas de misterio.

Detenemos nuestros pasos y nos quedamos tendidos en la tierra.

Hacía tiempo que aspirábamos a sentir muy cerca el pulso de los astros, las fuentes primitivas, la mano de los árboles, la fuerza vegetal entre las venas, la

sangre espiritual limpia en la frente; sin vestigios de todo ese mundo artificial que busca el hombre y que en su ritmo cotidiano adormece los sentidos auténticos y las visiones plenas.

Es posible ahora, sentir, muy agudo el olfato, un extraño olor a tierra caliente y a savia viva, entre las asombradas enredaderas de laberínticos esquemas en absurdo movimiento.

Una nueva geometría de figuras y de planos se presenta de pronto con dimensiones no conocidas por el hombre sabio.

Una reflexión sin palabras, pura en pensamiento, con escasas imágenes y perceptos, se acerca al fondo de los motivos de las cosas, y soluciones e intuiciones son ajenas a los filósofos y razonadores de oficio.

Circulan sin piedad y sin razón posible, los hechos y las cosas que el tiempo ha destruído entre sus pobres instrumentos de precisión, y se enderezan y nos miran y se toman de sus manos y giran y bailan hasta que al fin desaparecen con risas tenaces.

No comprendemos nada todavía, queremos encauzar las fuerzas naturales en latencia dentro de los moldes categoriales de nuestra lógica; pero ya no es posible! Los palmares han rodeado nuestro cuerpo y nacido brotos en los pies y manos que se dirigen hacia la profundidad en busca de alimento.

El espíritu retorna en círculos concéntricos a la primer aurora.

---

## 4 — PROFUNDAMENTE EN MIS ABISMOS

Andaba solitario entre los vientos. A lo lejos, altos picos nevados. El aire fuerte abría los poros de mi rostro; ¿dónde estaba? descendían por las laderas de aquellas montañas, ruinas de estrellas fugitivas. El resplandor era intenso; de trecho en trecho se abrían grietas con sus sombras tenaces y su olor de abismos.

Un musgo gris y verde cubría las paredes de antiguos edificios, parecía como si estuvieran asombrados de mi presencia. Entre la penumbra, se oía el grito de los ríos y su sed de desbordes infinitos.

Era antes de la salida del Sol.

Cuando la noche comienza a retraer sus dedos alargados y a esconder su rostro pensativo entre las sombras.

Un abismo de luz, profundamente, parecía abrirse entre las entrañas de la tierra. Como si todas las cosas presagiaran el despertar del astro y salieran a su encuentro a ofrecerle sus dones. Los pájaros extienden sus alas y levantan el vuelo. Las flores perfuman el aire que se hace tibio de colores y de esencias. Los insectos inundan con sus cantos y su voz primitiva, las venas de la tierra y los caminos del cielo, de un murmullo de vida en plenitud.

El cielo se extiende sobre mí. Es cada vez más alto y más claro. Es imposible huir de su hechizo.

Abandono mi cuerpo a la inercia de los pies, dóciles sobre el camino, las manos acompañan el ritmo extraño.

Acaso soy ahora como otra nube soplada por un

viento suave; o como el follaje que se mueve rítmicamente.

En el cielo hay luz y en mi alma fuego.

Las sombras aún duermen serenamente sobre las montañas.

Las casas parecen despertarse al descubrir mi presencia. Y me miran desde sus ventanas de ojos entornados.

El cielo ha levantado en brazos a mi espíritu.

Lo entiendo y no me asusto. Soy de su misma esencia, quizá despierte el Sol para la tierra y mi alma retorne al absoluto. Pero no es así. El ansia de volar se ha detenido.

¿Quién me detiene aún? ¿Qué extraño recurso extiende sobre mí, el recuerdo de lloviznas y de calores tiernos?

El cuerpo vive y los brazos luchan por descender al alma hasta el dolido pecho, cuya ausencia lo inunda de un frío insoportable. Aún no ha salido el Sol.

Mi voluntad es volar como los pájaros, pero mi alma tiene las alas en el barro. ¿Quién ha despertado a las fuerzas ocultas?

La luz se extiende por todos los tejados y las hierbas se encienden de verde y de rocío. Las nubes se coloran con colores humanos, y el rosado y naranja, dan intervalos azules a este cielo. Pero es el otro cielo, aquel, el que yo he visto; que tenía prendida a mi alma su esencia. El que he perdido.

El Sol irradia fuerzas y cantos majestuosos.

Mi cuerpo y mi garganta, corren y cantan, con

la salud del campo, la alegría de los animales, y las plantas terrestres.

Yo estoy solo, dentro de mí; es el Ser Absoluto, el que hondamente, habla a mi soledad y sufre en mi silencio.

Aún no ha salido el Sol. Y sin embargo, llevo su luz eterna tras los ojos cerrados, profundamente en mis abismos.

---

# I N D I C E

Págs.

## PRIMERA PARTE

## *ENSAYOS SOBRE POETICA*

### Capítulo I



### Capítulo II



### Capítulo III



## SEGUNDA PARTE

## *DE LA EXPERIENCIA METAFISICA*

### Capítulo IV

CAPÍTULO V



CAPÍTULO VI



TERCERA PARTE

*PERCEPCION DEL ABSOLUTO*

CAPÍTULO VII



CAPÍTULO VIII



CAPÍTULO IX

"Joven, aparece profundo, desde esa corriente que viene desde los linderos de la agonía y la muerte. Hacia sendas abismales va guiado por un aliento que piensa su dolor".

Entregado a las más altas disciplinas de investigación filosófica escribe: "Memoria viva" y "Ser y Muerte",. la primera obra hace expresar a Juana de Ibarbourou: "Decir con que orgullo contemplo las alas victoriosas de Casal Muñoz, es cosa que la sabe sentir poderosamente mi corazón, pero difícil de expresar en su magnitud, con el único idioma que sé! nuestro rudo, rico, tierno —pero en casos así—, insuficiente español".

Nos dice Fidelino de Figueiredo: "Sus trabajos hacen más grande su patria, porque al lado de sólida información científica, encuentro en ellos una gran fe en la educación intelectual y una conciencia elevada".

El Dr. Eduardo J. Couture: "Julio Casal Muñoz, cuya preciosa "Filosofía griega" constituye un admirable instrumento de cultura de que su generación puede sentirse orgullosa".

Y el profesor de Boston, Edgar S. Brightman: "He leído con alto respeto, "Ser y Muerte", por su erudición histórica, su sentido de los grandes problemas y su original posición".

Ha obtenido dos premios en los concursos del Ministerio de I. Pública.

Este libro que presentamos, nos revela junto a su madurez intelectual, un profundo sentido lírico, unido a la más alta reflexión filosófica.

---

# BIBLIOTECA ALFAR

Julio J. Casal — ARBOL.
— COLINA DE LA MUSICA.
Vicente Basso Maglio — LA EXPRESION HEROICA.
Juvenal Ortiz Saralegui — FLOR CERRADA.
— LINEA DEL ALBA.
Esther de Cáceres — CANCION.
Alejandro Laureiro — LOS PECHOS NUBLADOS.
Jesualdo — HERMANO POLICHINELA.
Josefina Lerena Acevedo de Blixen — A MEDIA VOZ.
Carlos M. Solari — ALREDEDORES DEL SILENCIO.
Marynés Casal Muñoz — CUNA DE RIO.
— BOSQUE PEQUEÑO.
Elía Gil Salguero — CANTO RECUPERADO.
Paulina Medeiros — FRONDA SUMERGIDA.
Felipe Novoa — VIENTO DESNUDO.
Gastón Figueira — JUAN RAMON JIMENEZ:
POETA DE LO INEFABLE.
Francisco Alejandro Lanza — HOY, PADRE, ES NAVIDAD.
— VIVIR EXTRAÑA COSA.
— BALADA DE LOS FARSANTES.
José Lucas — LENGUA DE ESPEJO.
Ana Enriqueta Terán — PRESENCIA TERRENA.
Julio Casal Muñoz — FILOSOFIA GRIEGA.
— FILOSOFIA CRISTIANA.
— SER Y MUERTE.
— POETICA DE LO ABSOLUTO.
Cipriano S. Vitureira — LIBRO DE PAUSAS.
— PORTINARI EN MONTEVIDEO.
Rimaelvo Ardoíno — CARLOS GUIDO Y SPANO: HOMBRE Y POETA.
Hyalmar Blixen — LA GUERRA DE LOS DIOSES.
Dora Isella Russell — OLEAJE.
Luis A. Caputi — ALMA Y ENCANTO.
Rodolfo Vera — CUATRO POEMAS PARA UN NOMBRE.
Gilberto Caetano Fabregat — FORMAS DE LA DIPLOMACIA.

## ORNAMENTACIONES

Barradas, Adolfo Pastor, Norberto Berdía, Fayol, Amalia Nieto, Cziffery, Vicente Martín, Horacio Torres, Augusto Torres.